XXIX — Nº 1423 —

EL DIA

MONTEVIDEO, ABRIL 24 DE 1960

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



72º ANIVERSARIO DEL CUERPO DE BOMBEROS

(Fotografía: Juan Caruso)

El día 16 de este mes se cumplió el 72º aniversario de la fecha de creación del benemérito Cuerpo de Bomberos, realizándose en su cuartel diversas ceremonas y ejercicios, del que destacamos la maniobra realizada con la escalera mecánica, en un remedo de salvamento de personas en el simulacro de incendio.



Obsérvese el vigor de esta planta, tomada aisladamente del conjunto. (Foto De Grandi)

Recuerdos de Treinta y Tres

LARGA es la historia de este recuerdo treintaitresino. Larga y sufrida. Pocas cosas tan fuera de lo común se revelaron tan naturalmente como verdades a tan temprana edad en mí; ninguna verdad tan fácilmente comprobable debió enfrentar tan tremenda lucha para subsistir, como esta verdad que felizmente subsiste en mí: en Treinta y Tres hay miles —¡miles, eh!— de árboles de yerbamate industrializables. Y no he terminado de pronunciar la última palabra de esta afirmación, cuando ya resuena en mis oídos el coro de risas y risitas que a lo largo de tantos años de repetir la misma afirmación, me han salido al encuentro. Pero vayamos a la historia larga y sufrida.

Yo tenía ocho años la mañana en que Doroteo Núñez (hoy en Melo), amigo como su padre, (el inolvidable don Bilico), de los hombres de mi edad por entonces, me dijo, mientras recorríamos el potrero del Valle:

—¿Vos sabías qu'en este potrero hay yerba?

—¡Yerba!... Sos loco... ¿Dónde hay?

—En ese monte.

Era el del Yerbalito. Nos bajamos de los caballos, nos internamos a saltos y agachazos por una quebradita. A las tres o cuatro cuadras él se paró, echó el cuerpo para atrás y se hizo oír:

—Ahí tenés la tal yerba.

Frente a mis ojos asustados brillaban las hojas fragantes —parecidas a las del canelón— de cuatro o cinco inmensos árboles. Pregunté:

—¿Y por qué los podan?

—Pues para hacer yerba; don Pedro Méndez, el vecino lindero.

Llegué a las casas con la noticia en todo el cuerpo. Entré corriendo y se la conté a mi madre, que lidiaba en la cocina acompañada de la vieja María.

—Mamá, ¡en el Valle hay árboles de yerba!

—Ah, sí...

—¡Yerba, mamá!

—Sí, ya oí.

Ella dice que no, ahora; pero por la cara que le vi a la vieja María, yo quedé desconfiado de que se hubiesen hecho alguna de esas guiñaditas que siempre esconden los mayores y que siempre pillan los gurises. Lo que más me hizo desconfiar, fue la impasibilidad de ambas. Porque francamente, yo quería que las dos en coro hubiesen gritado "¡¡yerba aquí!!... ¡¡no puede ser!!...", para salir convencido de que podía ser. Pero ni una duda dejaron escapar; casi me convencen de que no había nada.

Salí puerta afuera en busca de mis hermanos para retemplar el ánimo. Los reuní a mi alrededor, y a boca de jarro les disparé la noticia. Pero ya vi que allí no más empezaban a mirarse de rabo de ojo unos a los otros. Me les *desparramé*, me largaron la risa, los desafié a pelear en rueda, se armó la gran tremolina. Pero apenas la vieja le había puesto fin, empezaron a menudear por aquí y por allá, los dialoguitos de esta laya:

—¿Matiamos, compañero?

—Sí, pero... "¿de ande yerba?"

—Hombre, mientras usted calienta el agua, yo le traig'una barrica.

—¡Vamos!... ¿De dónde?

—Del potrero del Valle. Con sacudir un árbol, juntamos yerba hasta para regalar...

¡Y uno, "aguantando la marca" allá por un rincón solitario!...

*

Fue Jacinto Brun (vive en el barrio 25 de Agosto), guapo, jinete y convidador de cigarros, quien me llevó un día del año siguiente a lo de don Pedro Méndez. Había muchas visitas. Corrían dos o tres mates, entre dulces y amargos. Gurí de nueve años, yo ligué uno dulce y no desprecié un amargo. Mientras chupaba, el propio Jacinto me preguntó al oído:

—¿Qué gusto le hallás al mate?

—A mate.

—La yerba es hech'aquí.

En cuanto salimos me contó. Pasamos por la quebradita, me mostró otros árboles y nos llevamos un gajo a las casas. Llegué callado, lo metí en el horno de la cocina y cuando estuvo torrado lo pisé bien en el mortero, no sin antes guardarme unas hojas. Llamé a la gurisada, y después que oí las esperadas exclamaciones de asombro al ver sucio de yerba al mortero de la mazamorra y el gofio, eché mano a mis hojitas y declamé:

—Yerba, ¿no? Bueno ,es sacada de estas hojas. Y estas hojas las arranqué hace un rato en el Valle.

Cuando llegué hasta mi madre con el trofeo en un puño, me contestó que ya sabía; que mi padre había tomado mate en lo de don Pedro.

*

En la escuela el asunto nos dividió en dos bandos: el de los que vivíamos y el de los que no vivían sobre cualquiera de las costas del Yerbalito o del Yerbal Chico. Los primeros integrábamos dos sectores: los que habíamos visto los árboles, sabíamos que se hacía yerba y habíamos probado algún mate de la misma; y los que habitualmente tomaban mate de ella y ayudaban a hacerla. Los segundos formaban un solo sector; compacto, parejo, cerrado: el de los que no creían, no querían creer, no querían que se creyera, no querían que se quisiera creer que hubiese yerba. Algunos, con pasar un alambrado y caminar cuatro o cinco cuadras, la hubiesen visto y gustado. Ninguno vivía a más de veinte cuadras de uno de los arroyos. Decían:

—¡Mire si v'haber yerba aquí, que no hay ni pitangas!...

—¿Pitangas? ¡Ni ceibos hay!

Era verdad. No había pitangas ni ceibos.

*

Cuando me trasladé a Treinta y Tres del Olimar, iba inmunizado contra toda conversación sobre yerba. Huía de donde la oyera: trataba de olvidarme de donde venía. Hasta que una vez en el Liceo, no pude aguantar. Explicaba el profesor de Geografía:

—Por aquí viene el Yerbalito; paralelo, por aquí, el Yerbal Chico. Aquí abajo, se juntan los dos en el Yerbal Grande.

—¿De dónde viene tanto "yerbalerío", profesor?

—Dicen que porque parece que hubo por ahí algunos árboles de yerba.

—¿Yerba?

—Dicen que sí.

—Pero... ¿yerba de tomar mate?

—Sí muchacho. Dicen.

—Capaz que era ombú no más, que los gauchos confundían con yerba.

Y se desplomó la risotada general. Colorado hasta casi llorar, como pidiendo disculpas, creo que alcancé a decir:

—Estée... profesor...

—Sí, a ver...

—Estée... no es ombú, es yerba y yo tomé de ella; estée... no sólo hubo, hay; no sólo dicen, está allí; no son algunos, son cantidades de árboles...

Me tapó la boca un argumento que no pude ni medio machucar:

—¿Y qué prueba tenemos de que lo que tomó el compañero era mate de yerba y no de otro árbol con gusto parecido? Ningún especialista ha dicho nada...

A la salida me tuvieron "como cuzco en cancha de bochas". Hasta el más apagado se encendió con su argumentito en contra. Me "taparon a razones". Y si no es por alguna "medida de pronta seguridad" que me vi en la necesidad de adoptar, hasta se me pega un nombrete feazo: "Yerbita". ¡Yerbita, a mí!... Como si a un toro le llamasen "Petalito"; pelea contra un ejército.

Desde entonces sí, que me olvidé de la yerba. Ni a los amigos más íntimos les hablé más de ella. Eso sí, soñaba con el asunto. Y no andaba con chicas. Una noche me soñé Galileo, obligado a decir ante la multitud, para comprar el indulto: "señores, es mentira, no hay yerba en los yerbalitos"; y diciendo, luego del indulto: "E pur est ilex paraguayensis in yerbaliti"...

*

Y me vine para Montevideo, con mi vapuleado recuerdito. ¿A quién se lo iba a contar aquí, a más de trescientos quilómetros de la yerba, que me dejara hablar, si allá, a once leguas, no me dejaban ni abrir la boca? Seguí calladito durante diecinueve años.



Don Ernesto Barboza, señora Corina Larrosa de Barboza e hija de ambos.



...un montón de yerba treintaitresina, fabricada por don Ernesto ...rboza molida en una máquina simple de moler maíz. (Foto De Grandi).



La semilla del árbol de yerba es muy parecida a la del transparente o ligustro en su forma, tamaño y color. Foto De Grandi.)

YERBA DE LOS YERBALITOS

...en 1958, con un grupo de amigos ...imos en mi "candidateada" a la Di... por Treinta y Tres. Un "bis" como ...r otro; lo que sí, completo. En vez ...ir un pasaje, como es de estilo, nos... petimos todo; todo, hasta el fraca... lice que el hombre es el único ani... tropieza dos veces en la misma ... Habría que agregar que cuando la ...s chica, el hombre le pone al lado ...s grande para no errar el tropezón. ... piedrita me fui a elegir yo! ¡la yer... da menos. ¡Cómo para errar el tro... Era para tropezar con todo el cuer... on todo el cuerpo fuimos a dar con... mejante piedra. Zumbando nos quedó ...za. Y las orejas ardiendo, hasta aho...

...lta que fui allá, me reencontré con ...o viejo, me hundí yerbalitos adentro, ... toparme con aquellos árboles, estu... sticándoles las hojas, les hallé de nue... viejo sabor... mi casa paterna... la ... mi madre... Doroteo... Jacinto... ...edro... una claridad como a treinta ...de distancia, que de pronto me en... ... y salgo de allí armado gurí de ocho ... con una noticia en todo el cuerpo: ... en los yerbalitos.

... Perico Méndez (vive en Juan Ro... 25), hijo de don Pedro, nos pasamos ... noche reconstruyendo el proceso de ...aboración, en la que ayudó al padre ...te añares. En el mes de julio, cuando ...ja está madura, se iban a la Quebrada ... Teja (donde hay 'montañas de ár...', dice él); cortaban los gajos, los car..., y a cubierto de la helada los ponían ...car. Luego, al calor de brasas de leña ..."catinga", torraban la hoja y después la ...an. Sacaban yerba para todo el año, ... repartían con algunos vecinos.

...edactamos nuestro programa de candi...s (recuérdese que la palabra proviene ..."candidez"). El aspecto económico esta... casi todo concebido sobre la base de la ...lotación de las inexplotadas riquezas del ...lo y del sub-suelo del Departamento ...nadería, agricultura, granja, calizas, gra...s rojo y moro, mármol, losa de piedra, ...dra de afilar, tierras de color, etc. etc. ...ego, en lugar especialmente reservado, ...ocábamos el punto fuerte: la yerba-mate. ...primimos volantes, largamos el "gran ...mbazo" por CW 45, y nos largamos nos...os por esos barrios de la ciudad y rin...es del departamento a difundir la nueva. ... voy a repetir aquí todo lo que ocurrió, ...rque sería capaz, acordándome, de no pu...icar esta nota. Hubo adversarios —y de ... más mansejones— que nos "farriaron" ...r la misma radio. Suerte —para ellos, ...aro— que no los escuchaban ni los com...adres (nada digamos de los ahijados); que ... no, nos sacan hasta nuestros propios vo...s haciendo chistes (algunos lindísimos), ... costa de nuestros pobres afanes yerba...eros. Invitamos a más de un recalcitrante ...ara ir a ver yerba y yerbales. Ninguno ...ue. Malpensando, uno se pregunta si no ...es pasaría lo que a aquel que juraba y ...erjuraba que no había víboras en un bañado, y cuando quisieron llevarlo al bañado para mostrarle las víboras, contestó: "Ni maniau, voy; capaz que salgo con semejante yararaca, prendida d'entre'esos pajonale"...

Pero eso no es nada. Hubo "correligionario al firme" que me llamó para proponerme:

—¿Qué le parece si dejamo el mate pa dispués de las eleccione?

—¡El mate! ¿Qué mate?

—El mate con yerba de Treinta y Tres.

—¿Por?

—Y... la gente no quiere aprontarlo.

—¿Ah no?

—No. Y le v'i'a decir más: si usté se lo apronta, la gente no lo ceba. Y más todavía: si se lo ceba, no se lo toma.

—No será para tanto...

—¿Qué no? Mire, le v'i'a decir la verdá.

—A ver...

—Bueno, escuchemé: la gente se descostiya e'risa, con este asunto e'la yerba. Eh... ¿M'entendió ahora? ¿O no m'entendió?

Naturalmente, perdimos las elecciones. Claro, las hubiésemos perdido igual sin yerba. Pero con yerba, aquello fue una pasadita.

*

Pocos meses después, Víctor Gutiérrez Salmador —tan buen periodista como auténtico español salmantino— munido de una buena documentación y de serios informes técnicos, escribió en EL DIA una serie de notas (que complementó con reportajes a especialistas en la materia), en las que, partiendo de la existencia comprobada de yerbales en los departamentos de Treinta y Tres y Tacuarembó, abogaba por el cultivo y la industrialización de la planta en el Uruguay. La noticia cundió por todas partes, la recogieron otros órganos de la prensa, convenimos con el autor un viaje a mis pagos que al fin no salió. Fui yo por esos días a Treinta y Tres del Olimar. Sinceramente, no quería creer lo que veía. Y lo que veía era gente parándome en la calle para decirme:

—¡Pero y tenía razón usted, eh! Hay yerba no más...

Entonces me decidí a escribir esta nota. Fui de nuevo allá, invité a Hilario Favaro y su máquina fotográfica, a Perico Méndez y su baquía de serrano yerbatero, a Antenor Alvarez como chofer y testigo y a mi hermano Cristino como posible director de la futura tragedia que alguien tendrá que escribir un día sobre el tremendo problema social de las explotaciones humano-yerbateras en Treinta y Tres; nos metimos en el jeep de Pedro Martínez Saravia, y nos largamos rumbo a la cuarta.

Estuvimos en la vieja casona de don Pedro Méndez, donde chupando su mate mañanero con yerba casera, nos recibió doña Miguela Fleitas de Méndez, contándonos entre muchas cosas más, que su esposo fabricaba alrededor de 200 quilos de yerba anualmente, desde 1904, año de su llegada allí desde el Brasil. Pasamos el mediodía en una deliciosa quebradita del campo de los Méndez, sobre el Yerbalito, (a quince cuadras de su nacimiento). Allí, rodeados de gigantescos, grandes, chicos y chiquitos (como para trasplantar), árboles de yerba, oímos de labios de Diógenes Méndez (Coco), nieto de don Pedro y doña Miguela, que allí, en no más de diez cuadras, hay como doscientos árboles, sin contar los del otro gajo del arroyo —el que yo recordaba— a poco trecho; y que el año atrasado, él solo hizo 40 quilos de yerba para uso de la casa.

Estuvimos luego en lo de don Ernesto Barboza, quien nos dijo que el año pasado hizo yerba; nos regaló un poco de ella; nos prometió mandarnos mudas de árboles, de los que hay cantidad en su campo; nos agregó que con esa yerba en mate dulce, las mujeres no se desprenden de la bombilla.

Conversamos con Máximo y Julián Larrosa, quienes nos afirmaron que su padre —aquel viejo bueno, honrado y trabajador, que se llamó don Cresencio Larrosa— también hacía yerba.

En fin, confirmamos que Yerbalito y Yerbal Chico abajo —nadie sabe hasta dónde— hay cantidades insospechadas de yerbales, como lo prueba su existencia en campos de Hernán Marabote y de don Francisco Dutra, que ocupa hoy don Luis Bulgarelli, llegado a aquellos lugares treinta años después de lo que hubiera sido deseable para bien de aquellos lugares. Confirmamos algo más importante aún: que allá en campos de don Ramón Xavier (Moyano), a dos leguas de los Cerros de Amaro, sobre vertientes que nada tienen que ver con los yerbalitos, también hay yerbales y gente (incluso el mismo don Ramón) ¡qué ha hecho y/o hace yerba para su consumo. Y por último, confirmamos que en la Quebrada de los Cuervos (Yerbal Chico), hay cantidad de árboles; y que en la Quebrada de la Teja (aledaños de la Cuchilla de Dionisio), hay milles de ellos.

Fue con esta historia, con el testimonio de todas las personas citadas (las que, excepto don Pedro Méndez, don Bilico Núñez y don Cresencio Larrosa, todas viven); las fotos tomadas, las hojas de yerba y la yerba que trajimos, que no vacilé en escribir esta nota. Nota que quiero terminar con estas palabras, hoy para siempre vigentes en mí: En Treinta y Tres hay grandes yerbales. En Treinta y Tres se hace y se consume yerba de sus montes, que estan a diez leguas y menos de la capital del Departamento, por lo que quien quiera puede verlos.

*

Y a esta altura, el más incrédulo dirá: con todo esto, ¿quién podrá dudar de lo que dice este hombre? Yo le contesto: después de todo esto, después de haber mostrado en casa y a docenas de amigos estas fotos, estas hojas, esta yerba; después de haber escrito esta nota, de haberla leído en voz alta, de haberla levantado como mi carta de triunfo, paso casualmente por el dormitorio de mis hijos (él de siete, ella de seis años) y oigo que deliberan en voz baja. Desconfiado como estoy en este asunto, me pongo a escuchar la conversación:

—¿Viste bos? A papá se le ha antojado que hay yerba en Treinta y Tres.

—¡¿Antojado?! Si va a publicar un artículo en el Suplemento de EL DIA, diciendo que hay no más.

—¿Pero él creerá en eso?

—Y seguro... como en aquel cuento del zorro que nos hizo en el invierno...

—¿Te acordás?! El zorro ensillaba el avestruz, los sapos tocaban la guitarra, las comadrejas cebaban mate, todos bailaban. ¡Qué se yo cuántas mentiras!

—Pero él decía que todo era verdá...

—¿No andará medio mal de la que te dije, este papá?...

Y yo todavía me atrevo a cerrar mi nota preguntando: ¿No habrá llegado la hora de que Treinta y Tres ande aquellas diez leguas y menos, se entere de que tiene grandes yerbales, y se decida a estudiar la posibilidad de su cultivo y su explotación?

Julio C. DA ROSA

(Especial para EL DIA).

1) Simultáneamente con la aparición de esta nota, se hará una pequeña exposición de yerba, hojas de yerba —y si llegan a tiempo, de arbolitos de yerba— en la Florería da Rosa, sita en Manuel Oribe 646. Treinta y Tres del Olimar.
2) Para julio de 1961, organizaremos una excursión a la cuarta, con la finalidad de fabricar yerba por los viejos métodos allá usados. Los voluntarios ya pueden inscribirse en la dirección precitada.



Y no podía faltar doña Miguela Fleitas de Méndez con su mate de yerba lugareña; ella, que 56 años atrás, ayudaba a su esposo don Pedro Méndez a fabricarla. (Foto De Grandi).

LA MISTERIOSA DESAPARICION DE NIEVES LACUEVA

(Ponemos en claro este caso autorizados suficientemente por un anciano que ha poco cumplió un siglo de vida.)

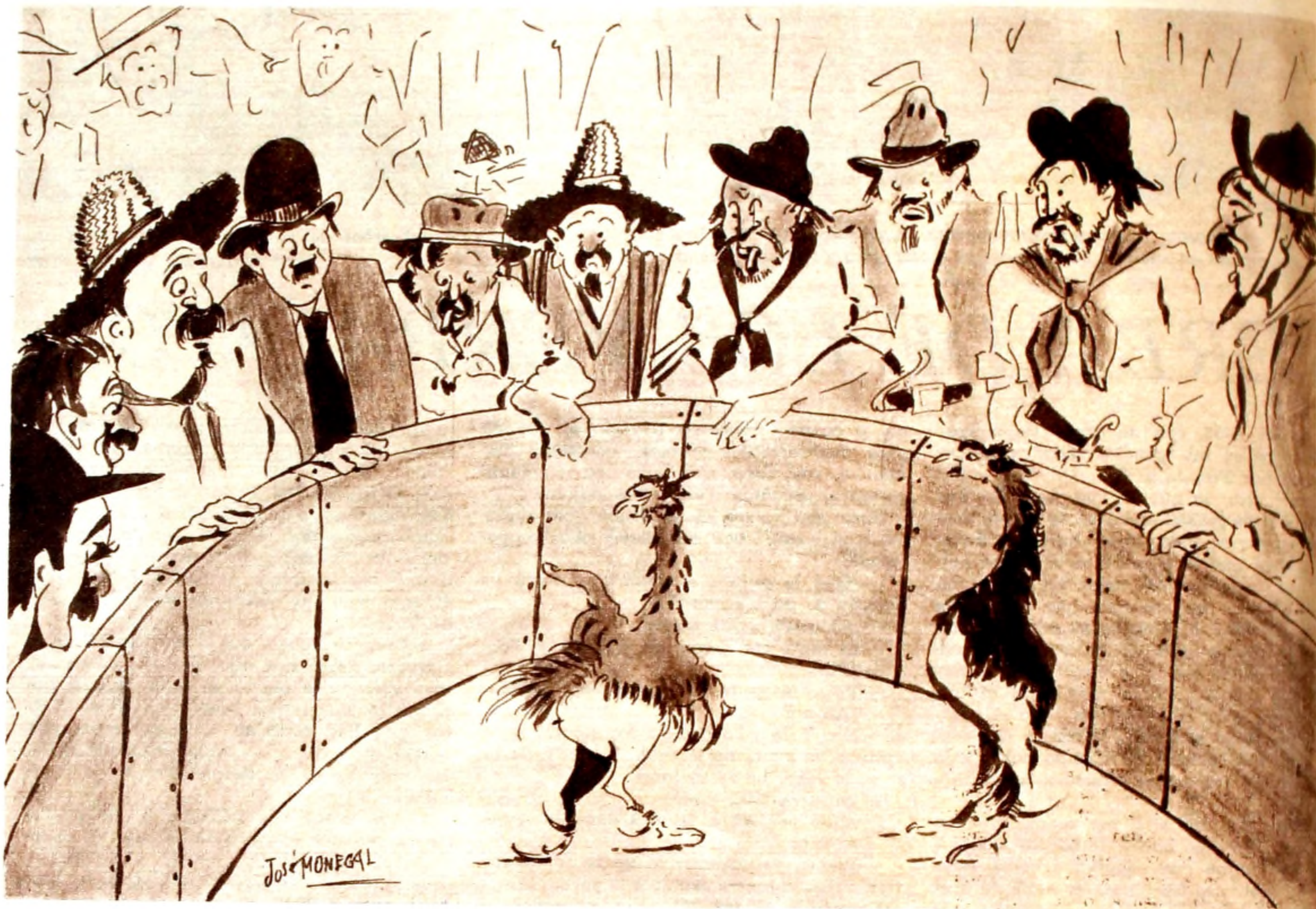
AL pardo Nieves Lacueva no le quedó otra alternativa que dejar su pago. Era séptimo hijo varón de Floro Lacueva y por eso tuvo que cumplir la dura ley que lo elevó — o rebajó — a la condición de lobizome. No es que le fuera mal con ese desdoblamiento de su personalidad; había aprendido mucho de los bichos. Por ejemplo: cierta noche que volvía bastante *enlunao* de la pulpería del *Bordao* Almeida se cruzó con cinco o seis burros que tranquilamente pastaban junto al camino. Eran de la tropilla del carrero Amejeira quien, allá cerca, dormía bajo su carreta. A Nieves le pareció que los burros mientras comían conversaban y se quiso enterar de qué trataban. Convirtiose en burro, se les arrimó, y plancó con ellos. ¡Lo que sabían aquellos orejudos! Pero los cristianos no lo dejaban en paz. Era punto de chacota, de repudio, o de terror para todos. Hasta sus mismos hermanos le rehuían. Sólo su madre lo trataba amorosamente. Aullaba un perro y todos decían: "¡Ha de ser Nieves, qué pardo mala sombra!", aunque él estuviese presente. Relinchaba un matungo y "Ahí ta Nieves cantando, ¡y bien desentonao, canejo!". Ninguno quería ser aparcero suyo; las chinitas le negaban los ojos, las viejas se santiguaban en su presencia y los gurises disparaban dando alaridos en cuanto se les arrimaba. Por eso cambió de pago. Se despidió de su mama, montó a caballo y sin dar vuelta cara anduvo muchas leguas. Y al otro día lo mismo. Cuando pisó un suelo donde se vio absolutamente desconocido, echó pie a tierra en una estancia y pidió trabajo. Y como iba bien montado y vestido, se sumó al cuerpo de peones de la hacienda *Los Baguales*, que pertenecía a don Pantaleón Gaitán. Allí, al fin, comenzó a vivir aliviado. Tuvo amigos, hasta consiguió un amorío.

Gaitán era un fuerte hacendado. En ese tiempo cada estancia era un feudo y el patrón de Nieves en la suya era señor absoluto. Daba órdenes en imponentes gritos, era despiadado con hombres y animales. Su perro era el barómetro de su endiablado genio: cuando amanecía borrascosa hasta los perros andaban como duendes allí. Este ser sólo poseía un amor: los gallos de riña.

A tres leguas de la hacienda *Los Baguales* el comerciante Juan Otero tenía su casa: *Generales y Pulpería de la Frontera*, casa grande de próspero negocio al que se sumaba el de las riñas. Los domingos de la temporada de justas el local resonaba de gente, de caballos y de rodados. De largas distancias llegaban competidores y apostadores. Entre los primeros estaban Gaitán y don Lorival da Rosa, quien cruzaba la línea con aparcería y paladines cuya fama pasaba mucho pago. Estos dos señores, en el correr del tiempo y de las riñas, se habían hecho ardientes adversarios primero y enemigos mortales después. Se odiaban desde el fondo de sus entrañas y desde la solvencia de sus gallos. Domingo que don Pantaleón superaba en victorias a da Rosa era día que aquél marchaba en columna de partidarios por el camino, luego de un largo festejo en la pulpería, como marchaba el Cid con su mesnada después de abatir el moro; y era domingo que don Lorival pasaba la línea hecho arco sobre su caballo, bajo el peso de la negra derrota. La providencia, empero, turnaba esos júbilos y esas amarguras. En el circo se sentaban frente a frente, separados por la muchedumbre y amparados por las pistolas y facones de los suyos. En fin...

Nieves fue el ayudante que tuvo el cuidador Ño Rito, negro viejo, maestro de gallos, llegando a hacerse expertísimo en la *echa* de las gallinas, selección de los campeones, en su buen racionar, cuidado de su sueño, vareo y entrenamiento. Conoció profundamente la nobleza de aquellos vivientes, su incomparable valor, su pundonor sin par. Como fue uno de los acompañantes de don Pantaleón, pues éste lo había nombrado encargado del transporte de ellos, el día que volvía con alguno difunto sufría hasta lo más hondo del sufrimiento. Los había visto salir del cascarón, piar y retozar de pequeños, alardear de pollos y sacudirse de hechos. El cuidaba sus fuerzas para que vencieran, para que no volviesen muertos; ellos lo conocían, lo miraban elocuentemente, lo entendían. Muchas mediasnoches se volvió como ellos, con ellos conversó y en la madrugada cantó con ellos...

En el proceso de los días y de las riñas, Nieves comenzó a repudiar a su patrón y a don Lorival. Ya la cuestión había pasado a ser odio entre sus grupos y por esta cuestión de hombres, los gallos se iban matando. Y Nieves comenzó a cismar sobre el asunto. Y cismó tanto que un sábado se arrimó a su patrón y le dijo:



— Patrón, tiene que darme dos o tres días de licencia. Es una custión sin levante, de familia...

— ¡Y tan luego hoy me salís con eso! ¿No sabés que mañana hay pelea?

— Si señor, pero tengo que salir, es algo sin güelta, don Pantaleón. Llévelo a Rosauro que conoce bien los cantores.

El señor tronó. Entonces Rito terció:

— Déjelo, patrón, hace tiempo que no sale. Rosauro le atenderá bien los gallos.

El negro viejo ya había conversado mucho con Nieves, sabía algo que éste había resuelto en sus desvelos. Y le había prometido ayudarlo. Nieves ensilló y puso rumbo al Oeste. Pero a medianoche volvió sigilosamente, soltó lejos el caballo, escondió las garras y convirtiose en gallo, un gallo cenizo, imponente. Cuando don Pantaleón y Rito empezaron a levantar los que lucharían ese domingo el amo se fijó en el nuevo.

— ¿Y ese cenizo?

— ¡Güé! — exclamó Rito — hace tiempo que lo cuidamos con Nieves, don Pantaleón. Mire: llévelo. Con éste nomás el portugués da Rosa va a pasar la linia moquiando como pavo encelao.

— ¡Superior pinta tiene, canejo! Lo llevo.

Y así fue.

El circo hervía. Allí estaban los clásicos rivales, las clásicas aparcerías. La segunda riña había sido concertada entre un colorado de don Lorival y el cenizo de don Pantaleón. Cuando los soltaron en el ruedo una sola voz se alzó, de admiración; eran dos espléndidos atletas. Y estallaron las apuestae y el vocerío se hizo como el retumbo de una catarata. Este imponente ruidaje fue aprovechado por el cenizo (que era el pardo Nieves) quien, de lejos, pues el colorado tenía pico y púas prestos para la muerte, le dijo:

— Esperá un poco, hermano, no cargués, que viá endilgarle un descurso a los hombres.

Perplejo quedó el jaca, y más perplejo el gentío, pues el tiempo pasaba y los luchadores estaban inmóviles, contemplándose. Empezaron a desaparecer voces y ruidos hasta que se llegó a un silencio profundo. Entonces el cenizo aleteó y torneando el pescuezo, fue clavando los ojos en todo el concurso. Y de su pico comenzaron a salir palabras sonoras, de las que el hombre entiende, ríspidas, vibrantes de ira:

— ¡Atiendan, vivientes forajidos y desalmaos! Aquí han venido tuitos ustedes dispués de trotiar al sol las leguas de los caminos. Han llegao siguiendo a dos viejos carcamanes que en vez de atender sus haciendas, de mejorar rodeos y majadas, y darles güen pasar a piones y pionas, sólo viven pa atender y cuidar gallos, que es en lo único que no mezquinean dinero. ¿Y pa qué? Se tienen tanta inquina que se verían con gusto degollaos a ellos y a su parentela, y pa eso nos hacen matar a nosotros. ¿Por qué no se desafían vos, Pantaleón Gaitán y vos, Lorival da Rosa, viejos de mandinga, y salen solos pa algún bajo y allí se cobran a pistola o facón lo que se deben? Pero no; semos nosotros los que pagamos tuita esa malquerencia que ha llegao a familias y a vecindarios engüelta en chismes, amenazas y alcagüeterías...

Y el cenizo siguió acusando y el concurso pasmándose, y los estancieros humillándose y avergonzándose por aquellas verdades tremendas. Hasta que Nieves tomó resuello, y dirigiéndose a su adversario, le dijo:

— ¿Qué le parece, compañero?

— ¡Amigo, ha hablao como un libro! ¡No lo peleo!

Pero don Lorival ya había reaccionado. Se estremeció y la sangre de déspota que lo alentaba le subió a la cabeza. Gritó a un peón suyo:

— ¡A ver, Ludovico, agarre a ese colorao descorajudo y degüéllelo!

Y don Pantaleón, por no ser menos que su enemigo y porque el cenizo le había revuelto el honor, también gritó:

— ¡Rosauro, retorcele el gañote a ese cenizo, dotor de lengua sobada y maula!

Y los peones cumplieron, pues si no, hubieran sido ellos los del pescuezo trozado. De ahí la desaparición de Nieves Lacueva, cuyo caballo envejeció en el campo de Gaitán y cuyas garras nadie encontró, misterio que sólo conocía el viejo Rito, quien ha pocos días nos lo declaró a nosotros, blancos los ojos y las motas erizadas de espanto.

José MONEGAL

(Dibujo del autor)

(Especial para EL DIA)

Facsímil del cuadro adjunto al artículo "Origen del término "recado" como sinónimo de montura y sus elementos característicos" del investigador argentino Sr. Raúl Alejandro Molina. (Revista "Historia". Año III, Nº 12. Bs. Aires, abril - junio, 1958).

PARA LA ETNOGRAFIA DEL GAUCHO

EL APERO O RECADO

En una corta serie de artículos publicados en este mismo Suplemento el pasado año nos referimos con detención a la vestimenta usada por el gaucho en nuestro territorio a través del tiempo. Señalamos entonces los errores más comunes que se suelen cometer cuando se emprenden estudios de este tipo y destacamos especialmente el concepto, a nuestro entender fundamental, de que el gaucho es un europeo en regresión, extraído además, en general, de las capas más bajas de entre los colonos, muchas veces marinos o soldados desertores; atrasado en modas y usos por su aislamiento geográfico y que, con su definido poder de adaptación y en muchos casos por la imitación del indígena, funcionaliza al máximo las prendas de su uso o las adapta al medio, cuando no, guiado por su condición de eje de un clan netamente varonil, aconsejado por la soberbia de macho convencido de su superioridad, las hipertrofia en su aspecto decorativo, generalmente con gusto harto dudoso, lógico en su carácter de hombre de escasos alcances de cultura.

Todo esto que señalamos en esa oportunidad a propósito de las prendas de su uso personal, tiene plena vigencia y validez referido a las prendas o atalaje de su caballo.

Como en el caso de su vestir, no sólo aparecen prendas con nuevas características que las diferencian de las originales europeas, sino que también aparecen denominaciones "no clásicas" o neologismos.

Dos saltan a la vista de inmediato por su importancia y son: apero y recado. (Bartolomé F. Ronco, "Noticias Filológicas", Revista "Azul", de Azul, Rep. Argentina, Junio de 1931).

Ambos términos, en su uso primitivo, sirven para denominar lo mismo: el conjunto de piezas que constituyen el atalaje del caballo; pero mientras el primero (apero), de origen claramente más popular —tiene su antecedente en los "aperos" de labranza de los primeros colonos— no cambió este valor, el segundo (recado), nacido en medios más cultos —conjunto de objetos necesarios para hacer ciertas cosas, "recado de escribir", etc.— se fue especializando en su uso y a poco pasó a ser únicamente la pieza principal del *apero*, es decir, el lomillo o baste.

Y con esto ya vamos entrando directamente en tema.

Los conquistadores y colonos de nuestro territorio (Río de la Plata y extremo Sur de Río Grande) tanto españoles como lusitanos, traían las dos escuelas de equitación de uso en la Península, con sus atalajes correspondientes: la jineta (de origen de la caballería ligera árabe) y la brida.

Las características principales de la primera eran: sillas de arzones muy levantados, en especial el pomo delantero, estribo corto y pequeño, freno fuerte, riendas levantadas.

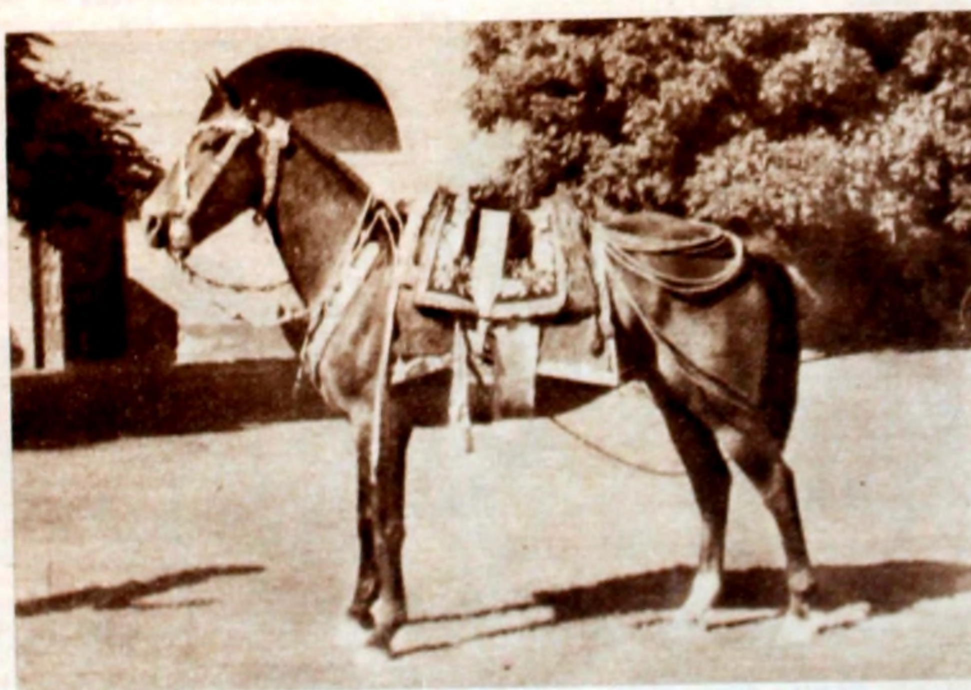
La brida, aún no teniendo grandes diferencias en cuanto a las características de la silla (arzones algo más bajos), usa los estribos largos, a toda la extensión de la pierna y más anchos; freno más liviano, la mano más baja y las riendas llevadas muchas veces con ambas manos y en número de cuatro.

La mayoría de los autores han pretendido ver en la equitación del gaucho características de una u otra escuela en forma dominante, o de ambas a la vez.

Nosotros no creemos mucho en ninguno de estos extremos, por las razones siguientes: 1º) No puede hablarse de un dominio de la jineta, desde que el gaucho estriba largo (aunque angosto siempre que usa botas de medio pie). Sus espuelas no asemejan en nada a las árabes de púa o pico de ave y la propia silla no tiene ninguna de las características de la de jineta. Quedaría en pie sólo el freno, evidentemente hijo del marroquí, con muy pequeñas variantes, que se conoció en nuestros campos con el nombre de freno de candado o mulero. Piernas relativamente cortas en forma de S; puente muy alto, en U invertida, con barbada de argolla o circular unida a dicho puente y pontezuela de hierro fija y cuatro argollas.

2º) No puede hablarse de un dominio de la escuela de la brida, pues aunque el gaucho estribe largo, con las piernas a plomo —y no con los pies exageradamente echados hacia adelante, como suelen hacer los "criollistas" de la nueva sensibilidad, quizá forzados por el uso de esa fea prenda llamada "basto porteño" o de chorizos, que sumado al ancho lomo y barriga de un "pretendido" pingo criollo, de claros antecedentes de tiro, los obligan a ir despatarrados en una más que inelegante actitud ecuestre— las demás características de su hipismo, incluso freno y uso de las riendas, no tiene el más mínimo parentesco con dicha escuela.

3º) Porque por su propio origen, el gaucho no puede ser un producto de "escuela de equitación", sino un jinete natural e instintivo, que adapta los elementos de atalaje de que puede disponer o dispone, a las condiciones naturales del medio, que hace una verdadera ecología ecuestre, completamente diferente, por ejemplo, del chileno y en consecuencia del argentino de las provincias andinas, que reciben una influencia fundamental de la escuela de la jineta a través de la escuela andaluza.



Un caballito criollo aperado al uso de mediados del siglo pasado. (Fotografía atención de nuestro estimado amigo el distinguido especialista argentino don Juan W. Maguire).

Resumiendo: ¿Cuáles son las principales características de la equitación del gaucho y por qué?

a) Siendo la escuela dominante entre los conquistadores la jineta, en el Río de la Plata, entiéndase bien, pronto se abandonan muchas de las características más salientes, debido a factores de fundamental importancia.

La cuenca del Plata y territorios adyacentes es el área de la boleadora. Además es la tierra de las llanuras verdes y traicioneras, con las ocultas cuevas de vizcachas, tucos, mulitas y peludos, y los no menos desmoronables hormigueros.

La boleada de los equinos, que casi hizo fracasar la principal arma de conquista hispana, aquella que prácticamente por obra de su sola presencia sojuzgó a los tres grandes imperios de la América Indígena, y esos otros factores señalados, convencieron a los españoles, muchos pescuezos rotos de por medio, de la necesidad de alargar la estribada y usar una silla de arzones más bajos o sin pomo delantero y a la vez estribos de tal forma que permitieran zafar el pie rápidamente cuando el caballo rodaba. Con todo esto se conseguiría salir "parado" o de pie del montado, que habría de convertirse, con el tiempo, en quinta esencia de la habilidad ecuestre del jinete criollo.

b) Se conserva, no obstante, el freno de la jineta, muy fuerte y que permite gran libertad de acción con las manos y el rápido revolver del animal, tan necesario en el desjarretadero —persecución y matanza de los vacunos cortándoles el garrón con una media luna de hierro enastada en una lanza corta— y en el aparte, donde la mínima falla en desviarse suele costar la vida de jinete y caballo.

c) Fuera de todo esto, en el caso de nuestro territorio y las características de la faena primitiva de changadores y cruzadores, es decir, largas jornadas de arreo de caballares y mulares y a veces vacunos, por enormes extensiones de tierras onduladas, con cuchillas y escarpaduras, cauces de cañadas y arroyos a cruzar casi de continuo, obligó a la adopción de un aire de marcha, el trote, donde la estribada larga y a plomo, con el pie bien afirmado, ya sea enganchando los dedos en el caso de la bota abierta o de medio pie, o apoyado casi hasta el empeine en el estribo amplio, circular o de argolla, en el caso de la bota fuerte o simplemente de la de potro cerrada.

Hechas estas aclaraciones previas, continuaremos, en próximos artículos, nuestro estudio del apero del caballo del gaucho, separando sus prendas en dos clases: las que constituyen el asiento que llamaremos "garras propiamente dichas" y las que constituyen el tiro o brida o sus accesorios, a las que llamaremos, por sus características propias, las "guascas" o "sogas".

Fernando O. ASSUNCAO

(Especial para EL DIA)



La bella piedra y el noble metal, vivificados por la armonía estética del hombre, forman un oasis donde se sublima el materialismo dominante de la época.



Tiene la materia que le da la naturaleza; tiene la forma impuesta por el genio creador del artista; tiene el agua que corre por su interior como sangre que circula por el cuerpo de un ser animado... ¿Qué le falta a esta fuente para ser un elemento vivo?



Es como una fina copa en donde se escancian todos los néctares de la belleza. Y las chispas de luz que se vuelcan a sus pies forman el vivo azogue como en el que un día se reflejó la mente prodigiosa de Debussy.

LA FUENTE Y EL PAISAJE

LA fuente es la alegría del paisaje.

Donde hay una fuente está el complemento de la naturaleza con el arte, la vida con el genio creador que la anima, lo fugaz con lo eterno.

Mirad una fuente y allí está todo en la substancia y en el ánfora magnífica que la contiene.

Allí está el ritmo, la forma, el color.

El agua se eleva, suspira y canta y se deshace luego en espléndida eclosión de luces y armonías.

En la mañana es fina lluvia de diamantes; en el poniente son rubíes y topacios, esmeraldas, zafiros y amatistas; luego se transforman en perlas que se pierden en la tenue claridad de la noche.

El agua se viste con el iris que le presta el sol y con los reflejos argentados que le da la luna.

La fuente recibe todos los matices con que se engalana la linfa, y son nuevos atributos que se suman a la belleza de su forma y a la esencia de su vida.

La heráldica la adorna con los esmaltes más hermosos del blasón. Así se presenta de oro y gules, sinople, azur y púrpura en el orto y en el ocaso, y de plata en la hora en que el ruiseñor desgrana la melodía de sus trinos.

Y el cielo, en la diafanidad del día, la tiñe de azul, como el cobalto pinta el cristal; y en la noche estrellada la cubre con el titilante fulgor de los astros.

*

La fuente tiene su música.

El fluir cadencioso del agua produce en el oído suaves resonancias.

Es como un lejano tañer de laúdes y arpas. El aire en calma hace los acordes más claros; la brisa atenúa sus sones; el viento los disipa, los lleva y los confunde con rumores lejanos.

Terpsícore y Apolo pulsan en la fuente sus liras. Los ángeles ensayan allí sus cantos. Y allí las ninfas tienen su templo, y son música el eco de sus voces y la gracia de sus espíritus celestes.

*

La fuente tiene su voz.

El gorgoteo del agua que cae es como el primer lenguaje del niño.

Su murmullo es como la palabra de un enamorado que le cuenta a su amada endechas de amor.

Es como un diálogo entre el céfiro, las aves y las flores.

Es el idioma de las musas.

Es la lengua de los dioses que se hablan desde el infinito.

*

La fuente tiene su alma.

Llega un poeta. Ante aquel tesoro que se desborda, todo su ser vibra y se estremece.

Brotan las ideas, surgen las imágenes, el alma asciende, se agita al influjo de la inspiración, y al fin estalla en una rima triunfal.

El poeta es el alma de la fuente que bajo los rayos victoriosos del astro rey eleva al cielo su himno a la vida.

*

Junto a la fuente una flor se deshoja. El viento arranca uno a uno sus pétalos de gasa y seda que emprenden su primero y último viaje por el aire, impregnándolo con su postrer perfume, hasta que ruedan y caen abatidos entre la grava del sendero o en el borde mismo del manantial.

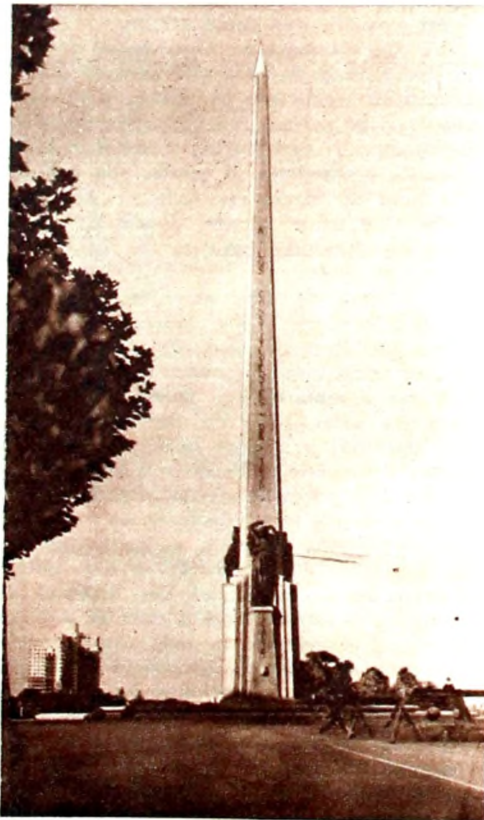
Los guijarros los hieren, el polvo los mancilla, el agua los ahoga y por último sucumben y se hunden en el reino del todo y de la nada.

La flor que se deshoja es el alma de la fuente que en la tarde que se apaga ofrece a la tierra su llanto de muerte...

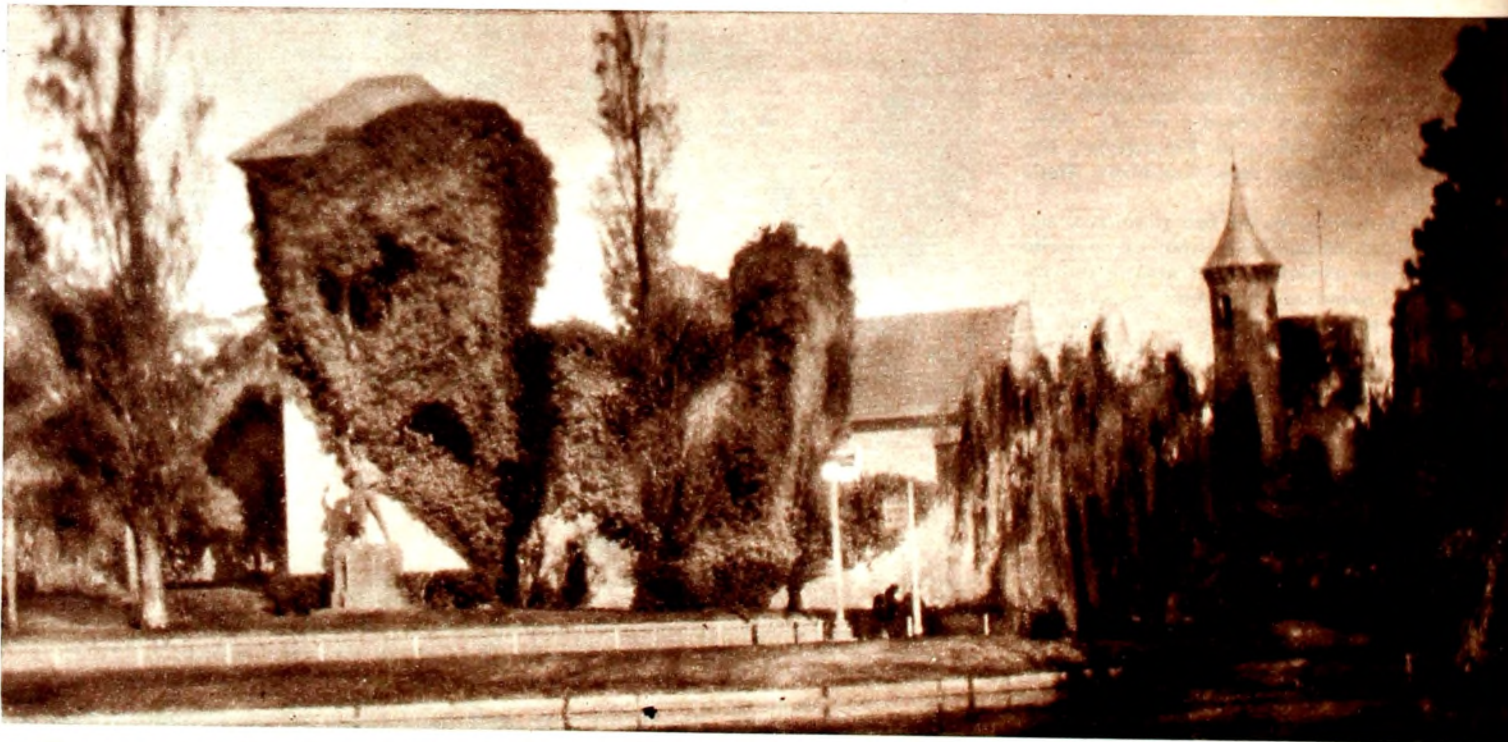
Oscar M. STAGNARO.

(Especial para EL DIA.)

Fotos del autor.



La aguja del Obelisco se alza al cielo como un índice que impone silencio o en un gesto de admonición. Más abajo la estatuaria simbólica que evoca y orienta. Y en la base, el agua que fluye serena, como un niño que juega ausente del mundo exterior que lo circunda.



Los estanques de Versalles se consideraban como fuentes en reposo. No otra cosa pudiera decirse de nuestro lago del Parque Rodó. rico elemento del paisaje que aflora en plena urbe metropolitana.



Miguel Hernández en Cabo de Palos, con un grupo de jóvenes de la perseguida Universidad Popular.

LOS POETAS NO MUEREN:

MIGUEL HERNANDEZ

HACE muchos años, casi en mi adolescencia, conocí al jovencísimo Miguel Hernández en Orihuela, su tierra: la *Oleza* de Gabriel Miró. Aparte de las cartas que nos escribía a mi marido y a mí, a Cartagena (nuestra triste ciudad natal), le vimos "oficialmente" en un homenaje que los muchachos de Orihuela organizaron a Gabriel Miró, con descubrimiento de un busto ...n la asistencia de las autoridades ...pública y con discurso (no muy ... del escritor y ahora embajador ...Giménez Caballero. Como lo que ...l hombre dijo en aquella tarde y ...a placita del homenaje citado re...temporáneo para algunos de los ...chaban, al protestar estos —justifi...e, hay que reconocerlo— se pro...incidente con intervención de au... y demás. Aclaradas las cosas, y ... el propio Giménez Caballero (al ...ca se le podrá olvidar su magní... espléndida GACETA LITERARIA ...llos tiempos), fuimos a reposar a ...e llama Casino de Orihuela, y que ...llí nos acompañó el muchacho Miguel Hernández, que estaba escribiendo su primer libro, "Perito en Lunas", muchos ...s originales me regaló. Nos asoma... uno de los balcones del casino (es-



...rato hecho a Miguel Hernández, en la cárcel, por el recluso Ricardo Fuentes.

...n conmigo una muchacha entonces muy ...metedora en literatura, hermana de un ...ial escritor muerto ya, María Cegarra ...cedo) que daban sobre el río, sobre el ...roso y lentísimo río de Orihuela. Miguel ...bló y habló, cosas las que dijo estupen...: acababa de dejar las cabras y estu...aba a los clásicos, y escribía y dentro de ...co le publicaría su libro primero una edi...rial que regía el gran Raimundo de los ...yes (actualmente redactor jefe del diario ...tólico madrileño "Ya"), poemas asombro...mente buenos y perfectos. Fue una tarde ... una charla aquella viendo resbalar el ...gura, que no olvidaré.

Después de "Perito en Lunas" Miguel se ...no a Madrid. José Bergamín y su revista "Cruz y Raya" le acogieron generosamente. ...e hizo amigo de un joven inquietísimo, ...udaz, inteligente, mordaz pero justo en sus ...icios que se llamaba Enrique Azcoaga. Trabajó con José María de Cossío —hoy académico— en Espasa Calpe en una monumental obra sobre toros y toreros. Para entonces ya estábamos también nosotros en Madrid, luchando con las circunstancias ya que, por ser súbditos de "la tierra de nadie" jamás anduvimos por terrenos firmes y acaudalados. Antes, llevamos a Miguel a Cartagena, a una Universidad Popular que habíamos fundado y sosteníamos casi a nuestras expensas y cuya única finalidad — ú n i c a — era propagar la cultura entre los que más la necesitaban, sin usar como trampolín para nada nuestro trabajo desinteresado y generoso. (Naturalmente que esto no lo entendió jamás nadie, pero es lógico). Miguel leyó versos, dio conferencias, caminó con nosotros por los campos y las playas de la provincia, fue nuestro huésped y nuestro orgullo. Iba, recto, hacia la gloria que tiene ya.

Otros libros, un auto sacramental entre ellos, salieron de su pluma. A Miguel le conocían ya y le estimaban Pablo Neruda, Vicente Aleixandre, etc. El, sencillo y noble, se movía con la máxima modestia y pobreza. A nuestra mesa, como a la de otros compañeros, acudía con frecuencia y alegría para todos. Y poco después, llegó la guerra.. La guerra española irrestañable.

En la guerra Miguel hizo lo que tantos que pensaban, sentían como él y que, además, estaban forzosamente en zona roja. No voy a explicarlo, pues lo saben todos ya. Cuando terminó la guerra, huyó, se escondió, regresó a la querencia de su tierra, Orihuela, donde tenía su mujer e hijo, y allí... Dios perdone a Orihuela. De la cárcel, por muchas gestiones que se hicieron — y fueron las más ansiosas las de muchos prohombres del partido triunfante, sépase— no volvió a salir. Es decir, salio muerto para que lo enterraran, precisamente, muy cerca de donde estaba enterrado el otro joven cruelmente sacrificado: Jose Antonio Primo de Rivera. Vecinos de sepultura, y jóvenes los dos, cada uno en su mundo, tuvieron la misma tierra para morir y ser cubiertos por ella.

La obra que dejó escrita Miguel no es una obra madura; hubiera sido de insuperable talla de haber vivido él; pero es una obra absolutamente cierta, hermosísima, entrañable, que se hunde en el corazón de sus lectores y lo aprisiona. Muchos han escrito ya sobre ella; muchos que no le conocieron y que: o han tratado la figura desde el punto de vista de la enemistad al régimen bajo el cual murió desgraciadamente, o le han exaltado contra este mismo régimen. Desapasionadamente aún no se ha escrito sobre Miguel. Lo sé. Ni siquiera yo podría hacerlo, porque yo le conocí, le quise, le admiré y era su amiga. Véanse los libros de Juan Guerrero Zamora (gran jerarca ahora de Radio Nacional, buen escritor y arbitrario e incongruente hombre); de Concha Zardoya, formidable erudita y profesora desde hace doce años en USA, escritora concienzuda y de singular porte. Y, esto me parece mejor si cabe: véase el prólogo que a sus obras completas —y a su antología en LOSADA— ha puesto *María de Gracia Ifach*. María de Gracia Ifach conoció a Miguel en plena guerra, en Valencia, y aunque no lo tratara tanto como yo, por ejemplo, le conoció lo bastante y le admiró para haber hecho algo que nadie hizo por él: recoger a su hijo durante una larga temporada en su propia casa de Valencia, después de la guerra, y estudiar a fondo la obra del padre. Recomiendo las obras completas de Losada, Buenos Aires, para saber algo más y mejor del inmortal Miguel Hernández.

Aquí van, para el curioso lector, unas fotos inéditas aún. Las hice yo, o las hicieron para mí, con él. En unas está en Cabo de Palos, con un grupo de jóvenes de nuestra querida y perseguida Universidad Popular; en otra, está con mi marido y conmigo en un molino de velas (el del tío Poli) que había frente a nuestra casa de Los Dolores, Cartagena. En otra, ¡ay!, está dibujado por un compañero de la cárcel, cerca ya de su muerte. El dibujo que se le hizo en la cárcel, muerto, no me atrevo ni a mirarlo. Me duele.

Miguel Hernández no fue el que persiguió la mala suerte y el torpe rencor de unos paisanos suyos. Ni es el que exaltan otros que pretenden desfigurar las cosas para inútiles revanchas. Miguel era un chiquillo, y de sus cartas a Josefina, su mujer, se pueden obtener datos que le retratan como lo que es todo poeta: rebelde independiente, indomable, suyo, y, sin partido. Un carnet, una actuación en guerra no debe constar para fijar una figura en el futuro. Hombre del pueblo reaccionó como cualquier hombre del pueblo, pero él era poeta. Y un *poeta* no es nunca un carnet ni un número. ¿Por qué lo olvidarán los hombres que no son poetas?

Amigo mío querido, víctima de la fatalidad, que te conozcan de otra manera —la más aproximada a la verdad— estoy deseando yo, la que vivió y vive en la tierra de nadie !Tu obra es hermosa, y merece admiración y estima de los mejores. Tu pobre criatura herida es una simiente más que el calor de amor de los que te recordamos alimenta para que florezca como dios promete a los que estuvieron cerca de él.

Carmen CONDE.

(Especial para EL DIA.)

Madrid, 1956.



Miguel Hernández con Carmen Conde y Antonio Oliver en un molino de velas (el del tío Poli) en Cartagena.



La gigantesca cabeza de Constantino hoy custodiada en el Palacio de los Conservadores en el Palatino de Roma. Altura mts. 2.60.

LA BASILICA DE M

EN los primeros años del siglo IV de nuestra era el emperador Majencio (306-312) levantó la última gran basílica pagana que el Imperio Romano edificara en su capital antes que ésta fuera trasladada a Constantinopla.

Cuando Constantino hizo su entrada en Roma después de derrotar en Puente Milvio (312) a Majencio, el Senado dedicó al emperador victorioso las obras que había construído *(mirabilmente erecto)* el emperador d-rrota-l-- así a la -ran basílica de Majenc-o se le llamó basílica de Constantino. Los Catálogos Regionales (inventarios de los monumentos de Roma agrupados según las XIV regiones de la ciudad) del siglo IV la llaman también *"Nova"* porque fue, como hemos visto, la última basílica forense construída en la Urbe. En la Edad Media se le conoció con le nombre de "Templo de la Paz" porque estaba contigua al Foro de la Paz; éste había sido construído en el siglo I por Vespasiano después de la guerra de Judea y en él se guardaban los trofeos de aquella campaña como el candelabro de los siete brazos del Templo de Jerusalén. Y con este nombre se le conoció hasta los tiempos modernos (así la llaman por ejemplo: Montaigne. La Lande, C. de Brosses) hasta que en 1814 Carlos Fea con sus sistemáticos trabajos de arqueología restituyó al monumento su legítima denominación. Sin embargo sobre el nombre oficial de basílica de Constantino, ha prevalecido el de su fundador Majencio.

La basílica era el lugar cubierto junto al foro para las reuniones y paseo de los ciudadanos, para las transacciones comerciales y para la administración de la justicia. No debemos confundirla con los edificios cristianos dedicados al culto que a partir del siglo IV toman el nombre de basílica; no tenían, pues, las basílicas forenses, el carácter sagrado de un templo. En general eran edificios construídos sobre el esquema de una gran sala cubierta y dividida, en el sentido longitudinal, por dos o cuatro hileras de columnas que la repartían en tres o cinco naves (basílicas Emilia, Julia, Ulpia). Ma esta de Majencio rompió con la tradición y creó un potente organismo arquitectónico de grandes dimensiones; la basílica est concebida como una gran sala central (8 metros de largo por 25 de ancho y 35 de altura) cubierta por bóveda (no lo eran por bóveda las otras basílicas) y flanquea a p seis grandes ambientes (tres en cada u de los lados largos) también cubiertos po bóveda y que no llegan a formar una ver dadera nave paralela a la gran sala, sino que tienen sus ejes ortogonales a ella se mejando capillas que se abren hacia la nave central pero que están incomunicados pa ra crear, por un pasaje continuo, las naves laterales.

Esta concepción tiene más afinidad co las termas —arquitectura espacial con gran des bóvedas de cañón y grandes cruceros— pero se diferencia de ellas que son siempre un conjunto muy complejo de edificios, en que nuestra basílica es un todo aislado al que se le ha impuesto un difícil cálculo es tático que debe resolverlo en límites mucho más exiguos que los de las termas. Su ar quitectura es verdaderamente grandiosa; con justeza Pirro Marroni señala en este edi ficio "el juego lógico y claro de los esfuerzos concentrados en las arcadas y en los pila res; el colmar los espacios de reposo con muros mantenidos siempre por un tejido de arcos de mampostería y la armonía de la mole del ábside con la doble serie de ven tanales de las alas" (P. Marroni: *"Il foro romano"*, Roma 1935).

¿Estaba terminada la basílica cuando Constantino derrotó a Majencio en el 312? Todo hace pensar que sí y los mismos cam bios que realizó Constantino lo confirma rían. La entrada primitiva se abría en un extremo de la nave central; el vencedor de Puente Milvio puso el ingreso en uno de los lados —izquierda— sobre la Vía Sacra y construyó en el lado opuesto a este in greso un ábside secundario para asiento del tribunal.

Las naves estaban totalmente revestidas con mármoles policromos; poderosos corni-



En esta nítida fotografía tomada durante un desfile por la Vía de los Foros Imperiales nos es dable captar cómo el ábside construído por Constantino fue un agregado posterior a la edificación de la basílica.



Los tres grandes ambientes que forman la nave lateral derecha de la basílica; visibl

...JENCIO

...ntos ...veían en la imposta de los ar... de ... bóvedas; igualmente ricas cr... ...taciones arquitectónicas componían n... ...dondo ...lucían esculturas de bronce o ... ...teriormente tejas de bronce dc... ...cubrían los techos. A éstos se accedí... ...de todavía — por escaleras de ... ...abiertas en el grueso de los muros ... proporciones y por su magnificen... ...más ... una basílica parecía un "Caesa... ...levado para exaltar la divina per... ...idad ...l emperador.

... de los pilares que sostenían la ... de la nave central se encontraban ... columnas de mármol de me... 14,50 de altura; estas columnas com... ... los pilares la carga de la bó... Una de ellas permaneció en su lugar ... 1613, año en que el papa Pablo V ... frente a la basílica de Santa Ma... Mayor donde se le ve actualmente. De ... columna decía el Presidente de Brosses ... No puedo deciros lo qué era este ... llama templo de la Paz a la basí... ...sólo que esta columna aislada es ... la cosa en arquitectura que existe ... universo; que me procura tanta ... más satisfacción su vista que nin... otro edificio completo, presentándome ... el más alto grado de perfección que ... haya jamás alcanzado". (C. de Bros... ...res familières", París 1895).

... basílica se inspirará el Renaci... ... sobre todo las grandes construc... ...neoclásicas de los tiempos modernos. ... central de nuestro Banco de la Re... ...o escapa a una directa inspiración ... basílica de Majencio.

... gran ábside al fondo de la nave se ... la gigantesca estatua del empe... ...e lo representaba sentado y que ... una altura de 15 metros. Este co... ...un acrolito (estatua donde el rostro ... extremidades son de mármol y el resto ... — de otro material, en este caso ... bronce) del cual se conserva la cabeza ... corona, que también era de metal), ... los brazos, de las piernas y de los ... la mano derecha; ésta parece que



La columna conservada en la plaza de Sta. María Mayor. Su traslado desde la basílica de Majencio duró desde el 23 de octubre de 1613 al 15 de abril de 1614. El 19 de julio de ese año se colocó sobre ella una estatua de la Virgen con el Niño en bronce obra del escultor francés Guillermo Barthelot. (Foto del autor).



... ...ia el casetonado de las bóvedas.

estaba levantada y se apoyaba en un cetro: la izquierda debía sostener el globo con la figura de la Victoria alada. La altura de la cabeza es de mts. 2,60. No se ha podido establecer si este coloso fue levantado como personificación de Majencio y luego su rostro cambiado por el de Constantino o ya se hizo la estatua entera para este último emperador. La hipótesis primera es la que tiene más fuerza.

A esta estatua —ya cambiado el rostro por el de Constantino— es que se refiere Eusebio de Cesárea en su Historia Eclesiástica (escrita en torno al 315). Libro IX, cap. 9º: "Y como los romanos le hubiesen (a Constantino) dedicado una estatua en el lugar más importante de la ciudad, la cual llevaba en la mano derecha el signo salvador de la cruz, ordenó fuese grabada en la base de aquélla la siguiente leyenda en la lengua de los romanos (latín; Eusebio escribió su Historia en griego): *"Con este signo de salvación, verdadero distintivo del valor, libré a vuestra ciudad del yugo del tirano. Al Senado y Pueblo romano, puestos en libertad, devolví al antiguo decoro y esplendor de la nobleza"*. (Eusebio de Cesárea: *"Historia Eclesiástica"*, Novas, Bs. As. 1950).

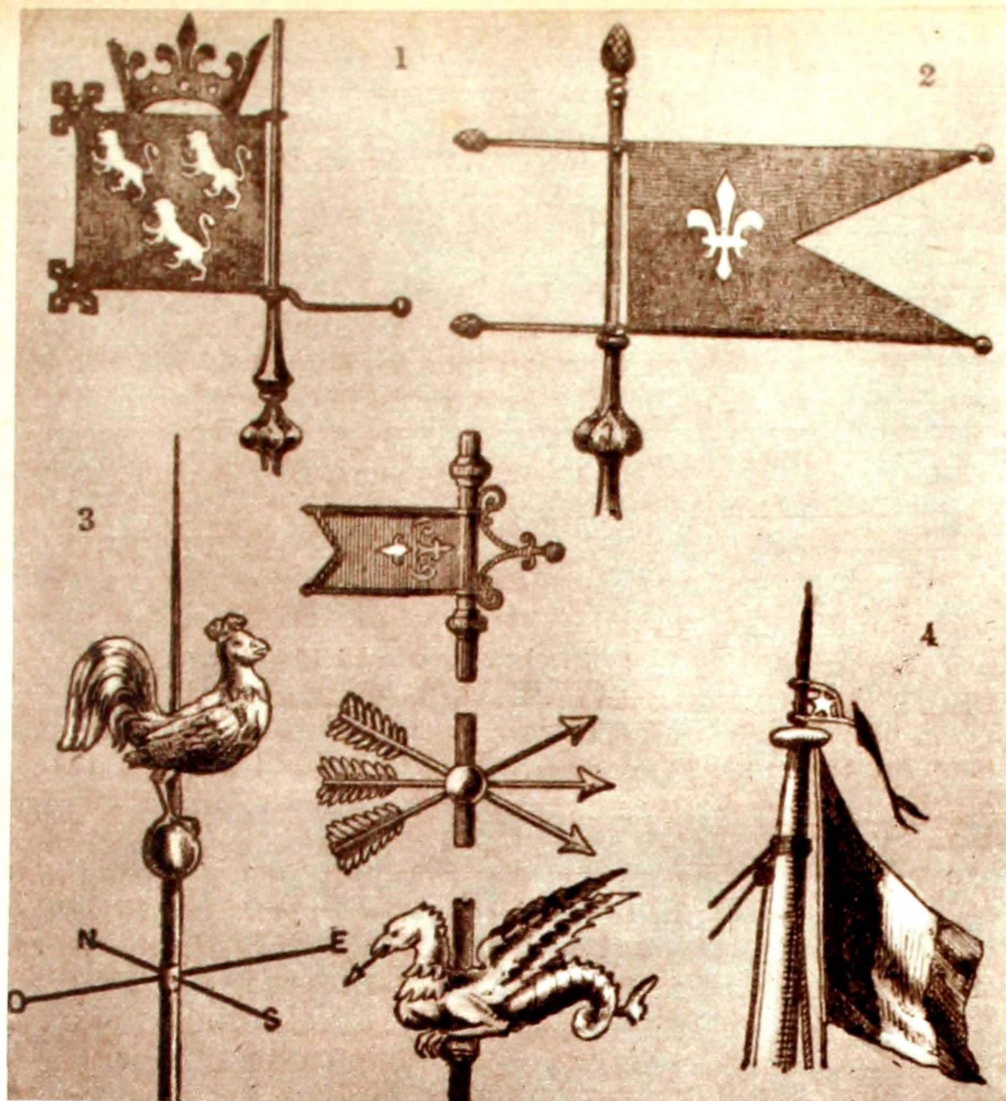
Parece acertado que el derrumbe de la nave izquierda y de la bóveda central fue cuando el terremoto de 1349; pero ya había sufrido daños con otros temblores de tierra anteriores como el del 847. El edificio debió de estar abandonado ya en el siglo VII, pues si hemos de creer al *"Liber Pontificalis"* el papa Honorio tomó tejas de bronce de la basílica forense de Majencio para completar las de la basílica cristiana de San Pedro. Y el pontificado de Honorio fue de 625 al 638.

Luis BAUSERO

(Especial para EL DIA)



Inusitada vista del interior de la basílica cubierto por la nevada que cayó sobre Roma en 1956. En el fondo la iglesia de Sta. Francisca Romana. En el primer plano, los asientos para el público que asiste a los conciertos sinfónicos que todos los veranos se dan en ella. (Foto del autor).



Formas usuales de veletas: 1) veleta de mesnadero (s. XV); 2) veleta de caballero (s. XV); veletas comunes: gallo, bandera, dragón; 4) veleta náutica.

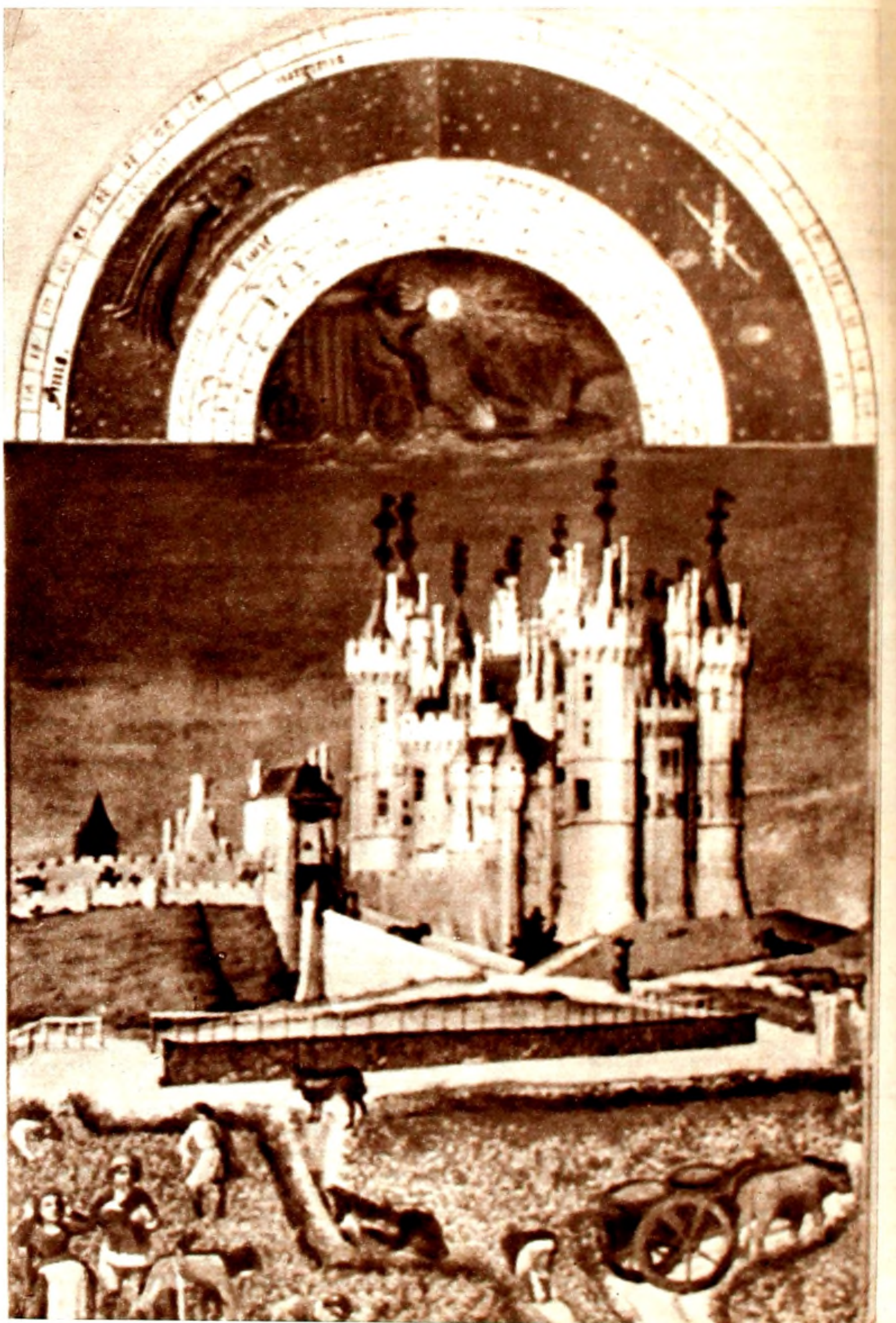
DIALOGO DE LA VELETA Y EL VIENTO...

EQUILIBRISTA del aire, piruetea en la altura su veleidad perpetua; se aúpa avizorante sobre los tejados; refistolea, altanera y lejana, el ir y venir del vecindario; empina su soberbia de cuño linajudo; se mece en brazos invisibles; tiembla bajo las ráfagas heladas; orean su cuerpo las brisas de cada primavera; oscila, da vueltas, rechina, y alza sobre las cúpulas de los edificios antiguos, su perfil solitario de veleta imbuída del mérito dudoso que le viene únicamente de moverse según qué vientos soplan...

Allá, en la cúspide de las torres viejas, desde hace siglos voltean en simulacro de vuelo, imágenes de bronce o hierro que señalan el rumbo de las corrientes aéreas. Una remota costumbre generalizó el uso de las veletas como remate de iglesias y castillos, como si adornaran las unas su jerarquía piadosa y los otros su empaque heráldico, con gallos —la forma más difundida—, banderas, flechas, emblemas, gallardetes, obedientes a todas las brisas; extrema coquetería sobre las moles macizas, equivalente a ese "bonete colorado" que subraya el Romancero sobre el casco del Cid Campeador.

Tienen las veletas una antigua genealogía, a partir de aquella de bronce con forma de tritón, que Andrónico de Cirro hizo poner en "la torre de los vientos" que describe Vitruvio como un alto edificio octogonal de mármol blanco y techo cónico, levantada en Atenas, al pie de la Acrópolis, cien años antes de la era cristiana. Pero proliferaron en el medioevo, se multiplicaron en formas y tamaños, treparon a los torreones, a los campanarios, y besadas por todas las auras, dieron vueltas sobre sí mismas para avisar a los individuos, la tormenta o la bonanza, el momento propicio para la siembra o la cosecha, o el instante de guardar el ganado, la hora favorable para el paseo, o la vecindad temible de los vendavales. Insertadas a veces sobre el cuadrante de la rosa náutica, fueron como un índice apuntando en la rueda de la suerte: hacia allá, tiempo bueno; hacia acá, tormenta. Y el hombre miraba hacia el cielo para proteger su tierra, porque en la tierra estaba la vida, y del cielo podía caer sobre ella, la amenaza o la bendición. El dependía de todo eso para subsistir: del clima, del vuelo de los pájaros, del rumbo que toman al emigrar; pero acaso, alzando la cabeza con fines utilitarios, comenzó a aprender sin saberlo, la complicada ciencia del ensueño.

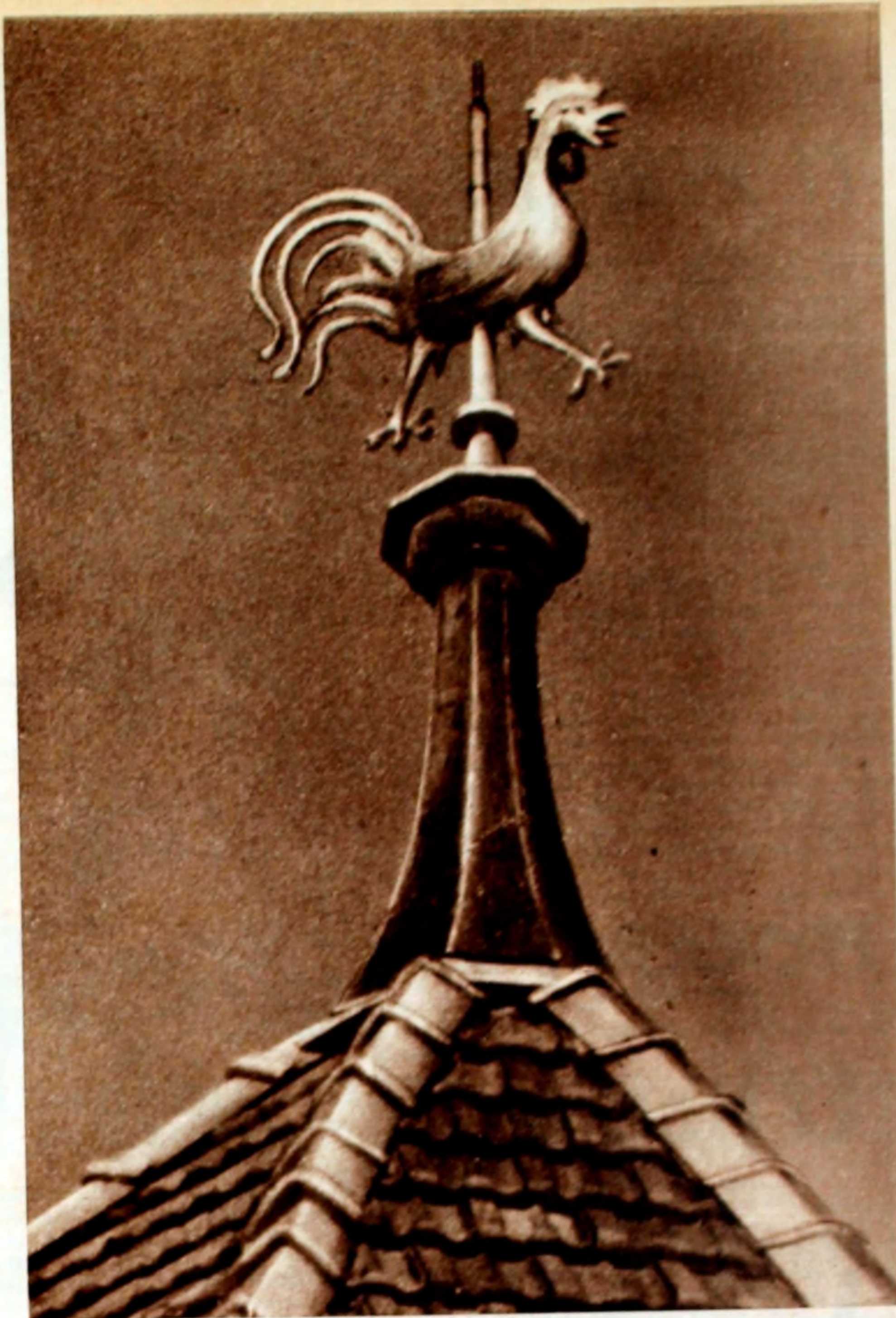
Porque, advertidlo, la veleta es cosa de este mundo; posee forma y peso, es palpable, concreta, existe, tiene cuerpo y hasta le prestamos alma; y sin embargo, dedos ausentes, manos invisibles, fuerzas inmateriales la manejan: así el destino maneja la suerte de los mortales. Es un objeto que se anima de vida propia cuando el movimiento le confiere la ficción de la existencia,



Sobre las torres del castillo de Saumur, el perfil de las veletas recuerda peones de ajedrez. ("El mes de setiembre" — Miniatura del célebre "Libro de Horas" del Duque de Berry — siglo XV).



En lo alto de la torre del Palacio de Gobierno, de Florencia, el león güelfo sostiene un asta de hierro con el lirio florentino.



Sobre una casa montevideana, el gallito, símbolo de alerta, desafía a los vientos y hace evocar el "Chantecler" de Rostand. (Calles Blanes y Durazno.)

como si soplara sobre el latón enmohecido el viento de las tormentas humanas.

¿Cómo olvidar el secreto mensaje del cuento infantil de Puschkin? En él, un rey que había quebrantado su palabra, cae muerto al rozarlo el pico del Gallito de Oro mágico que hacía guardia en la más alta torre de su palacio; y la veleta vengativa representa la inexorable pena que cae sobre la conciencia de los que traicionan.

Y puesto que fueron en su origen, prerrogativa de edificios religiosos y militares, y si hubo hasta pleitos para establecer el derecho de los meros vasallos a poner veletas en sus moradas, comprendemos mejor la trascendencia atribuída a estos ornatos giradores. Hasta rango litúrgico las dignificó, antes de ser adorno civil, pues se veía en el gallo, una alegoría que advertía al clero sobre la necesidad de vigilar las almas; la cruz sobre una esfera, encarnaba la redención del mundo por la fe; y el gallo en lo alto simbolizaba el arrepentimiento de Pedro. El gallo tuvo así gran predicamento, otrora, por su significado vigilante; y tomado como veleta, hasta cobra rango artístico, bordado en el tapiz de Bayeux sobre la abadía de Westminster.

Después, ángeles de bronce extendieron sus alas, navíos desplegaron sus velas, sirenas aéreas nadaron entre nubes, irguieron su prepotencia blasones nobiliarios, leones rampantes agitaron oriflamas, santos metálicos y descomunales, sobrevolaron los techos del mundo, girando en su peana a merced de los vientos.

Y el viento, el mismo viento que empujó el velamen de los navegantes, el que hizo mover las aspas de los molinos en los que Don Quijote vio enemigos, el que remonta por igual cometas infantiles y aviones veloces, sigue obligando a las veletas a su secular oficio de dar vueltas en el aire.

"echin en sus ejes la veleta anciana / y se pone ronca y se queja huraña, / como si estuviera de girar cansada", cantaba la letra de una danza infantil escrita a fines del siglo anterior por José H. Figueira. Porque el cansancio ha de trepar muchas veces a la calesita de los vientos. Hacia un lado, hacia otro: el hierro oxidado por la intemperie chirría, se lamenta en el molinete de los vendavales que se entrecruzan, perfora neblinas con su estampa alerta, ruleta de la atmósfera en el juego de azar de la incertidumbre en medio de la cual se mueven las pasiones de cada uno. Fauna, mitología, heráldica, santoral, botánica, informan su arcaica preeminencia. Eolo, Bóreas, Céfiro... La evocación de las veletas desata el recuerdo de los olvidados vientos del universo, adormecidos en el sueño oscuro de la dorada leyenda, en el panteón de los dioses antiguos que dieron poesía a la aurora de la Historia. Aplicamos los versos ágiles de nuestro joven poeta Abel Piñeyro: *"Aver subí por la noche / hasta la copa del viento / y en la quimera del alba / me vi corriendo una estrella"*...

Sí; en la copa del viento, las veletas dialogan con el tiempo, solas con esa buena soledad de no necesitar más que el roce del aire, altas con esa lejanía que salva de las mediocridades a ras de suelo, altas y solas, solas porque están altas... Y el viento trepa al tiovivo herrumbroso, va y vuelve en un redondel imaginario, y el pie engrillado se queja en el alvéolo de piedra. Las veletas se sienten dueñas y señoras del aire, ajenas a la atadura, a su anclaje ineludible. Al aletazo de la tempestad responde con un batir de alas el gallo emblemático; ante el desafío del viento gira con dulce reproche el ángel hueco; al embate de los huracanes responde con gallardía el pendón señorial. Y las pobres veletas se creen libres, independientes, cuando están por siempre esclavizadas al capricho del viento. Izada entre tierra y cielo, ubicada en la frontera de lo visible y lo invisible, la veleta protagoniza con el viento un dúo silencioso, un noviazgo entre la quietud y la andanza; es el idilio de la cautiva con el aventurero, un poco Solveig ella, un poco Peer Gynt, él. Verticalizada en su eje rotatorio, ella es toda espera, mientras el viento es todo inconstancia: la veleta es lo fijo, el viento lo que improvisa. Este se abraza de la veleta, hace bambolear la armazón metálica, retoza en la cruz de los hierros que remedan una encrucijada suspendida en la brisa, y rueda el hálito del aire sobre el remate móvil, girándula sumisa y sin albedrío. Cuando se desencadenan los huracanes, la veleta, rotando enloquecida, marca la dirección de las catástrofes; y cuando la tormenta se amortigua queda en equilibrio, desvalida, como si descansara sobre un solo pie de la gran fatiga.

Las veletas parecen pertenecer a épocas distantes que se las llevaron con ellas, a pesar de que alguna descendiente modernizada adorne hoy las chimeneas de ciertas casas. Pensamos en su cárcel al aire libre, en ese curioso cautiverio acatado con altanería, como esos seres descontentos que se embozan tras la sonrisa para no mostrar que llevan dentro una resaca de melancolías parecida a esa pátina tristona que averdosa los bronces y las piedras.

Y oscilando entre una y otra vertiente del sentimiento, también el corazón, veleta herida y sangrante, se inclina a todos los rumbos, y se vuelve, con cada nueva angustia, hacia todos los vientos de la vida, hacia todos los vientos de la muerte...

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



En la majestuosa Catedral Vieja de Salamanca (s. XII), la famosa "Torre del Gallo" toma su nombre de la veleta que la remata.



Sugestiva, rememorando el esplendor del aire renacentista, aún puede verse esta curiosa veleta en la torre del Palacio Farnesio, en Roma.

PIEZA EN MEDIO ACTO PARA ACTOR

EL PERFUME

(CON creciente desasosiego.) Perdóneme, señorita, pero tengo que encontrar un perfume. Quiero decir, uno determinado. Si encuentro ese perfume, encontraré algo más. Lo que busco no es precisamente un perfume; es ese *algo* que de él se desprenderá para mí. No es rosa, ni alhucema, ni jazmín, ni salvia, ni clavel... Si existiera una flor entre la rosa y la salvia, que no fuese ambas a la vez; si existiera una flor parecida al jazmín y a la violeta, que no fuese ni una ni otra, ni tampoco las dos... Si... Pero voy a confundirla. No sé cómo explicarle. Es un aroma con algo nacido no todo de la tierra, y sí un poquito de la carne limpia y fresca de una muchachi... Aunque tampoco esto, porque olía también como huele un pelo húmedo y tibio, en invierno, cuando uno lo esparce con los dedos... ¡Y sin embargo muy distinto! Sí; usted me mira extrañada y es natural que me mire así. A mí no me molesta, siempre que no se moleste usted en escucharme. Si usted me satisface, si encuentra el perfume que yo busco desde hace tanto tiempo y me urge encontrar, le daré... le daré... le daré... Usted me dirá lo que debo pagarle, aunque sea desmedida su exigencia.



muy respetuoso de mi prójimo y del tiempo de mi prójimo. ¿Me entiende usted? Y además le agradeceré, le agradeceré durante toda mi vida. ¡No imagina cuánto le agradeceré! ¿Cómo? ¡No, no! Conozco las rosas *hybridas de thé*. ¿Quiere ver que las conozco? Es una variedad obtenida por cruzamiento entre las *Thé* y las *Hybridas Biflorescientes*. ¿Ve? ¿Ve? Le diré más. Se parecen a usted, con su aire solitario y su elegancia. Parecería que usted, como esas rosas, se sostuviera sobre un largo y esbelto tallo... Bueno, bueno, usted me perdonará el atrevimiento. No tuve mala intención. No. Es mi empeño por encontrar *ese* perfume... ¿sabe? Nada más. Yo soy Quiero decirle... que el tiempo que usted me brinde tratando, ayudándome a encontrar *ese* perfume... no será perdido. De cualquier manera le pagaré... Con dinero, naturalmente, como corresponde... Usted está trabajando y yo... acaso yo esté holgando solamente... ¿Cómo? No; tampoco. Tampoco el perfume de la *John Russell*. He tenido en el jardín de casa esa flor. Tampoco, señorita. Tampoco. ¡Oh, duda usted lo que le digo! Sí, sí; duda usted. Advierto su duda. Pero, ¿por qué razón iba yo a decirle una cosa por otra? Imagine usted que el perfume que busco fuera el de una *John Russell*. ¿Quién se perjudicaría? Yo. Yo, solamente. Yo. ¡Nadie más que yo! Para que vea usted, le diré que es ésa una rosa de un hermoso color rojo escarlata, con centro carmesí, pasando en el contorno a rojo carmín intenso y aterciopelado, de tamaño muy grande. Conserva perfectamente su colorido vivo hasta muy avanzada en su floración, y tiene la característica de que los pétalos del centro quedan arrepollados formando como un corazón... ¡Y una fragancia! Es hermosa; pero no. Es algo muy distinto, si puede haber algo muy distinto entre dos perfumes agradables. ¡Y puede haber! ¡Ya lo creo que puede haber! ¡Lo hay! ¡Lo hay! Créame usted que lo hay... Ahora... ahora... que... hace mucho que yo busco ese perfume, y que el tiempo, a medida que transcurre, va deformando el recuerdo... y tal vez por eso yo tenga la idea de un perfume que no exista realmente y nunca pueda encontrárselo. Para ayudarla, le diré que es conveniente que usted recuerde el olor del aire cuando se parte un pan recién salido del horno, y también el olor del aire después de haber llovido sobre una tierra gorda, en otoño, al atardecer... Esto la irá arrimando al perfume que yo busco. No mucho, pero algo la irá arrimando. Tal vez a usted, de pronto, se le ocurra, por ejemplo, que la magnolia y la acacia, el humo del ámbar y el benjuí, o las margaritas... Sé que todas las esencias las tiene usted aquí. Lo sé. Todas, es verdad, las he aspirado, y ninguna de ellas es la que busco. Pero es que tengo que encontrar *ese* perfume, porque me llena aquí, la nariz, el corazón, la cabeza... lo tengo adentro de mí, muy adentro, y fuera, también, en mis manos... ¡Huela usted mis manos! ¡Haga usted el favor! ¡Huela usted mis manos, y se dará cuenta de cuál es el aroma que me invade y, sin embargo... no tengo! (Extiende las manos. Pausa.) Gracias. Claro, mis manos no le dicen nada. Huelen como todas las manos limpias, igual que todas las manos... Pero ese perfume... ¿sabe usted...? Ese perfume me hace soñar día y noche, sin descanso... Día y noche... y me pone delante una persona invisible, que yo quiero tocar... así... Perdóneme que acerque mis manos a su cara... ¿Me permite usted rozar apenas, suavemente su piel...? ¡No! No la tocaré. Advierto que no quiere usted y que yo no debo hacerlo. Discúlpeme que lo haya intentado, que lo haya pensado solamente. Pero me dejé llevar por el recuerdo un instante... y cuando pienso en *ella*... mis manos... Ya no sé lo que digo. Estoy confundiéndolo todo. Me abandono al recuerdo, me agito y... ¡Téngame un poco de paciencia! Veamos si puede ser de esta otra manera. Porque no sólo las flores son fragantes... Por ejemplo, hay un olor a lágrimas... ¡Oh! Veo que usted se asombra... Naturalmente; es un aroma que usted no conoce... pero tiene... Y es que usted está enamorada... y el suyo es un gran amor... Se le ve... se le ve en los ojos, en los labios, en un leve temblor de toda usted... Lo está casi gritando en un silencio ardiente. Y una mujer enamorada llora... llora mucho... Le explicaré: cuando *Blanca María* desfallece en los brazos de *Alejandro*, escucha que éste le dice embriagado: "Siento brotar el amor de todas sus venas, de todos sus cabellos; lo siento brotar..." Hermoso, ¿verdad? Y sigue, embriagado siempre; "... lo veo rebosar bajo sus párpados... Siento algo como el aroma de las lágrimas bajo sus párpados..."



ARQUITECTO ROMULO BELEDO. — Al cumplirse mañana el primer aniversario de su lamentado fallecimiento, se reunirán sus familiares y amigos junto a su tumba, en el cementerio de la ciudad de Minas, para rendirle homenaje recordatorio.



...ero amazónico. (Ilustración de P. Lau).



Aguatero (Ilustración de Percy Lau).

RIO DE LAS AMAZONAS

En mi viaje al Amazonas no utilicé el avión. Las embarcaciones en que viajé eran, cada vez, de menor tamaño. Comencemos por la primera: el vapor "Itanagé" de la Compañía Costeira, de recorrido entre Porto Alegre y Pará y que yo tomé en el puerto de Río de Janeiro. De ahí a Pará, el viaje llevó nueve días, parando en los principales puertos atlánticos del Norte brasileño, en su mayoría capitales de los Estados.

La primera impresión que se tiene al entrar al Amazonas es, en más de un aspecto, parecida a la entrada en nuestro río de la Plata. Lo es porque la enormidad de la desembocadura hace que el viajero no tenga, al principio, noción muy clara de cuándo se halla en pleno océano y cuándo ha entrado al río. Con todo, en el Amazonas debe señalarse un detalle: la costa de la derecha —la única que se ve— presenta cierta altura, colinas verdes, suaves. Luego de navegar algunas horas, ya el río impone su presencia supertropical: aparecen las islas, islas innumerables, pequeñas, grandes, de color jade, totalmente cubiertas de una palma típica del lugar: la palma assahy. En el Amazonas, donde hay más de 600 variedades de palmeras, no se conoce, salvo en algún paseo de la ciudad de Pará, la palmera real, que tantos uruguayos han visto en el Jardín Botánico de Río y en la rúa Paysandú de la misma ciudad. Esa palmera, que tan bien se aclimata en el trópico, fue traída de su tierra original, Cuba, por inspiración del Emperador D. Pedro II. La palmera típica del Amazonas —y más especialmente, de la región paraense— es, como queda dicho, el assahy, muy popular además, en aquella región, por otras razones. El assahy, que se parece bastante al bambú, pues su tronco es fino, da unos cocos con los que se hace una bebida refrescante, de color violáceo, muy popular en la Amazonia, bebida que se conoce con el mismo nombre de assahy. En las calles, en los cafés, es muy corriente hallarse con dicha bebida. Además, una canción anónima muy antigua, asegura que: *"Quien come el tacacá — quien bebe el assahy — si no fuera de acá — no sale más de aquí"*. Y otra canción popular, también de Pará, afirma: *"Vino a Pará — paró. — Tomó assahy — quedó"*.

La ciudad de Pará —o, para decir su nombre completo, "Santa María de Belén del Gran Pará"— es muy interesante y típica, con sus largas avenidas llenas de jardines, sus barrios populares, su mercado a orillas del río, a donde llegan las canoas con los mestizos que traen las mercaderías de plena jungla, de pleno "matto". Para mí, lo más interesante de Pará fue visitar su famoso Museo Goeldy, que ocupa una vieja casa-quinta, bastante parecida a algunas de las que todavía podemos ver en nuestra avenida Suárez: amplia, con una gran escalinata y una sola planta sobre un alto sótano. El Museo Goeldy presenta diversas secciones: la mejor es aquella que reune material de las variadas tribus indígenas de la región amazónica. Pueden admirarse espléndidos modelos de la alfarería "marajó", que tan bien supo estilizar los motivos decorativos. El Museo Goeldy está situado en el centro de un vasto y hermoso parque, que se divide en dos secciones: el Jardín Botánico y el Zoológico. De este último, lo más llamativo es una enorme jaula, en que están agrupadas numerosísimas aves del Gran Río.

Conviene destacar que el vocablo Pará significa, en lenguaje tupí-guaraní, "mar" o "gran abundancia de agua". Con ese nombre fue primitivamente conocido el Amazonas.

Frente a la ciudad de Pará está la isla de Marajó, la más grande isla fluvial del mundo entero. Cuando yo visité aquella región, para ir a Marajó había un barco cada sábado. El barco partía de Pará a medianoche y llegaba a la isla a las cuatro de la madrugada. Como todas las embarcaciones de pasajeros típicas de la región, se dividía en dos clases: la primera y la tercera. Y también, típico de la región, en ambas clases se usaba, en vez de camarote, la hamaca tendida en los puentes. Recuerdo como algo muy hermoso aquella visión del barco lleno de hamacas multicolores. Y recuerdo que, antes de ir a la isla de Marajó, cuando recién había llegado a Pará, se me ocurrió realizar un viaje en ferrocarril, de Pará a la pequeña ciudad de Braganza, viaje que lleva nueve horas y que, en su mayor recorrido, atraviesa la selva. Al llegar a Brangaza, fuí al único hotel que hay en esa villa y pedí una habitación. Luego de una excelente cena, al dirigirme a mi cuarto, vi que en él no había dónde dormir. La propietaria me explicó: "¡Cómo! ¿Usted no trajo su hamaca?". Felizmente, todo se arregló con una hamaca que me prestó el propio hotel.

Las pequeñas embarcaciones típicas que realizan el viaje entre Pará y Manaos se llaman "gaiolas" (jaulas) quizá porque, como son tan populares, resultan alegres como pajareras. Aquella en la que viajé se llamaba "Tuchaua" y puso once días en ir de Pará a Manaos. Esta demora se debe, sobre todo, a que dichas embarcaciones se detienen en muchísimos puertos y embarcaderos, a veces en simples "fazendas", para cargar madera. Entonces, los pasajeros pueden bajar un rato y ver una fazenda típica de la región. A veces, la gaiola se detiene para cargar un zebú, que luego ha de servir de alimento a los pasajeros.

Recuerdo, antes de llegar al río Negro, la abundancia de grandes tortugas, que desde el puente inferior —casi al nivel del agua— eran cazadas y puestas en seguida con la caparazón contra el suelo.

Manaos es una hermosa ciudad, aunque yo prefiero Pará. Lo más interesante de Manaos es, sin duda, su teatro Amazonas, que conoció épocas de gran auge. Está situado en una colina —frente al Palacio Negro, sede del gobierno estadual— desde donde puede admirarse un amplio panorama, hacia el río Negro, con su puerto flotante, para prevenir las sorpresas de las crecientes.

Se estará esperando, sin duda, que me refiera a la selva amazónica, a la selva virgen. Esa selva es algo bastante distinto de lo que generalmente se supone. Es como una noche verdinegra, sin belleza alegre. Es oscura, misteriosa, llena de acechanzas. La luz del sol o de la luna sólo penetra en ella en algún claro formado por alguna "quemada" o por algún árbol caído. Y, sobre todo, la selva amazónica tiene la melancolía del "igapó", es decir: del pantano en que emergen los troncos y en el que puédese andar en canoa. La selva amazónica es una lucha de árboles y más árboles por un poco de espacio. Los que triunfan emergen airosos y altísimos: así, por ejemplo, el jequitibá, árbol muy hermoso. La selva allí es un avance de parasitarias, cubriendo totalmente las ramas.

¿Y la leyenda de las Amazonas? ¿Existieron realmente aquellas valerosas guerreras a que se refería Orellana? La historia empezó a difundirse en 1540. No olvidemos, además, que Orellana, como buen andaluz, poseía una imaginación muy poderosa, sin duda todavía exaltada por el ambiente mágico y trágico de la región. Cierto, hay quienes aseguran que las Amazonas existieron. Se basan en este hecho: las Amazonas se veían de vez en cuando con sus amantes, los Guacaris. Y los hijos que nacían de aquellas noches de amor, si eran mujeres se quedaban a vivir con las Amazonas, y si eran varones se iban temprano con sus padres, los Guacaris. Como amuleto, las Amazonas regalaban a los Guacaris una piedra verde, llamada Muirakitan. Existen algunos Muirakitán, incluso en el ya mencionado Museo Goeldy. Pero el hecho de que en uno de esos amuletos aparezca una imagen de caballo —animal desconocido en América antes de la conquista— hace dudar de la autenticidad de esas piedras.

Dos palabras acerca del árbol del caucho. Su aspecto me hizo evocar, en cierta manera, al naranjo, por la frondosidad y redondez de su copa. El árbol del caucho o "seringueira", se designa científicamente "hevea". Y ha sido quien ha regulado la prosperidad y la decadencia económicas de la Amazonia. Todos conocen la larga historia de aquellos años en que, gracias al caucho, Manaos y Pará eran ciudades riquísimas, hasta el punto de que en el teatro Amazonas iban a actuar compañías europeas que no llegaban a Río de Janeiro. Luego, la competencia del caucho asiático significó un estancamiento de esa riqueza americana.

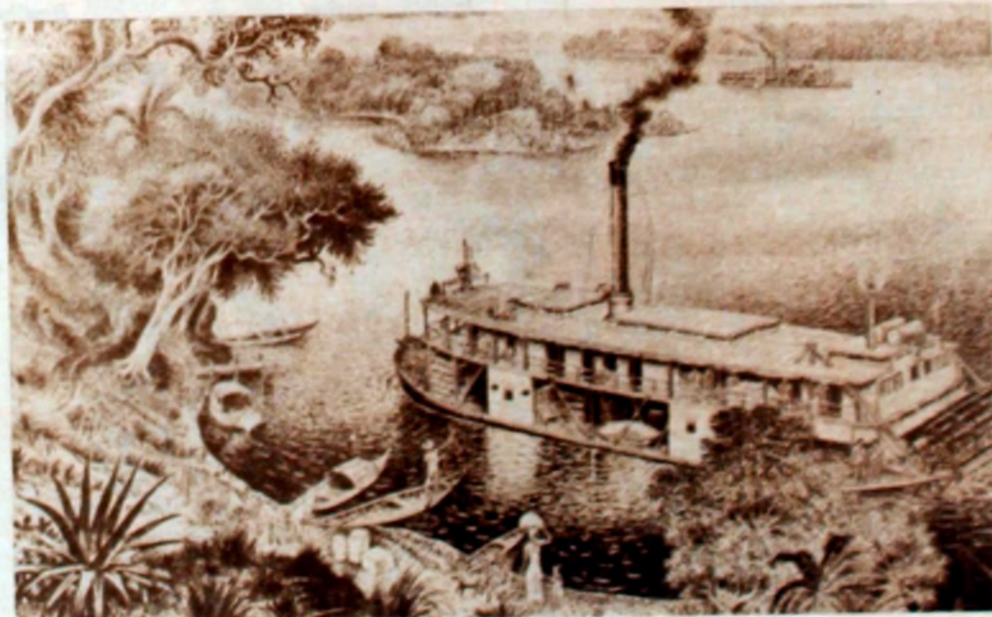
En su mayor recorrido, el Amazonas es un laberinto de islas y canales. Los más abundantes y típicos son los que se llaman "igarapés", palabra que en idioma tupí-guaraní significa "camino de canoa", lo que da ya una idea de su aspecto.

Digamos algo acerca de las creencias supersticiosas de algunos habitantes amazónicos. La más divulgada de sus tradiciones es la "yara" o sea la sirena del Amazonas, especie de Loreley de Sud América. No es aventurado afirmar que muchos allí creen en la existencia de la Yara y temen su presencia perturbadora en noches de luna llena. No vamos a asombrarnos de tal superstición. Si a pocas horas de nuestras tan cultas ciudades de Montevideo y Buenos Aires hallamos campesinos que profesan las más fantásticas creencias, ¿vamos a extrañarnos de que en aquel ambiente fantasmagórico del Gran Río se siga hablando de la Yara? Y luego la superstición del Boto, pez y príncipe a la vez, que seduce a las doncellas y luego de engañarlas desaparece en las ondas. Y Caapora, gigante peludo y oscuro que defiende a los animales de la selva, de la bala del cazador, de la flecha aguda. Y Curupira, que se venga de quienes realizan talas e incendios en la selva.

Un viaje a la región amazónica es algo que nunca se olvida. Allí hallamos, junto a la belleza de una América auténtica en su inmensidad agreste y su sabor inconfundible, dos ciudades —Pará y Manaos— que abren sus blancas calles como pétalos de una flor de civilización. Como lo predijo Humboldt, "el valle del Amazonas será, en un futuro no muy remoto, el granero del mundo".

Gastón FIGUEIRA

(Especial para EL DIA)



Escena típica en los riachos amazónicos. (Ilustración de Percy Lau).

¡Había que escuchar al actor diciéndolo! Yo, aunque cuando repito estas palabras, interpreto también el personaje... no soy actor. Creo que no podría serlo nunca. No resistiría la presencia del público atento, siguiendo todos mis gestos, cada una de mis palabras, mi respiración... Hay, pues, un aroma, un olor a lágrimas... Lo ha dicho el divino Gabriel en su tragedia *La ciudad muerta*. Y, sin embargo, el que yo busco tampoco es exactamente el aroma de las lágrimas... Es... es... es un... (Suena un teléfono en otra habitación; luego óyese abrir una puerta. El mira hacia donde proviene el ruido. Un silencio. (Disgustado:) He dicho que no me interrumpieran, que no estoy, para nadie. (Otra pausa.) ¡Tampoco para él! (Transición.) Oye. Dile que ordené que no se me molestara, que estoy trabajando precisamente en el monólogo, que sólo me falta el desenlace, pero que ya puedes adelantarle el título: *El perfume*. ¡Anda! (Cierran la puerta. El vuelve a lo suyo; recita:) Y, sin embargo, el que yo busco tampoco es exactamente el aroma de las lágrimas... Es... es... es un...

Telón.

Julio IMBERT.

(Especial para EL DIA.)

Dibujo de Van.

LA SEMANA CRIOLLA DE 1960: FALLO DEL JURADO



Regino Pacheco

Transcurrida la jornada del domingo pasado se reunió el Jurado de la Semana Criolla 1960, formado por los señores: Mario Carrique, Presidente; Coronel Domingo B. García, Don Homero Trelles, Don José Barrios y Don Eugenio Patrón Silva, por unanimidad, dictaron el fallo que premió a los domadores de acuerdo con el detalle siguiente:

Concurso Nacional en bastos

1er. premio	$	1.300,00	Julián Alonso
2º "	"	1.000,00	Angel Rocca
3er. "	"	700,00	Ruben Stanley Dupré
4º "	"	630,00	Hugo Alvarez
4º "	"	630,00	Basilio Ramírez
4º "	"	630,00	Dimar Delgado Rodríguez
5º "	"	500,00	Luis Domínguez
Premio Esp.	"	450,00	Almendro Enrique
" "	"	450,00	Edilberto Enrique

Concurso Nacional en pelo

1er. premio	$	1.700,00	Juan Bautista Pereira
2º "	"	1.050,00	Basilio Ramírez
2º "	"	1.050,00	Victor Cavia
3er. "	"	800,00	Juan D. Bonilla
4º "	"	600,00	Almendro Enrique
4º "	"	600,00	Edilberto Enrique
5º "	"	500,00	Bibiano Ramírez

Concurso Internacional en pelo

1er. premio	$	1.750,00	Regino Pacheco (argentino)
1er. "	"	1.750,00	Alberto Neves (uruguayo)
3er. "	"	1.100,00	Juan Urchipía (uruguayo)
3er. "	"	1.100,00	Virgilio Benítez (uruguayo)
4º "	"	900,00	Emilio I. Cedrés (urug.)
4º "	"	900,00	Oscar Buida (argentino)
5º "	"	700,00	Rodolfo Barrios (argentino y José Najurieta (arg.).

Concurso Internacional en gurupa

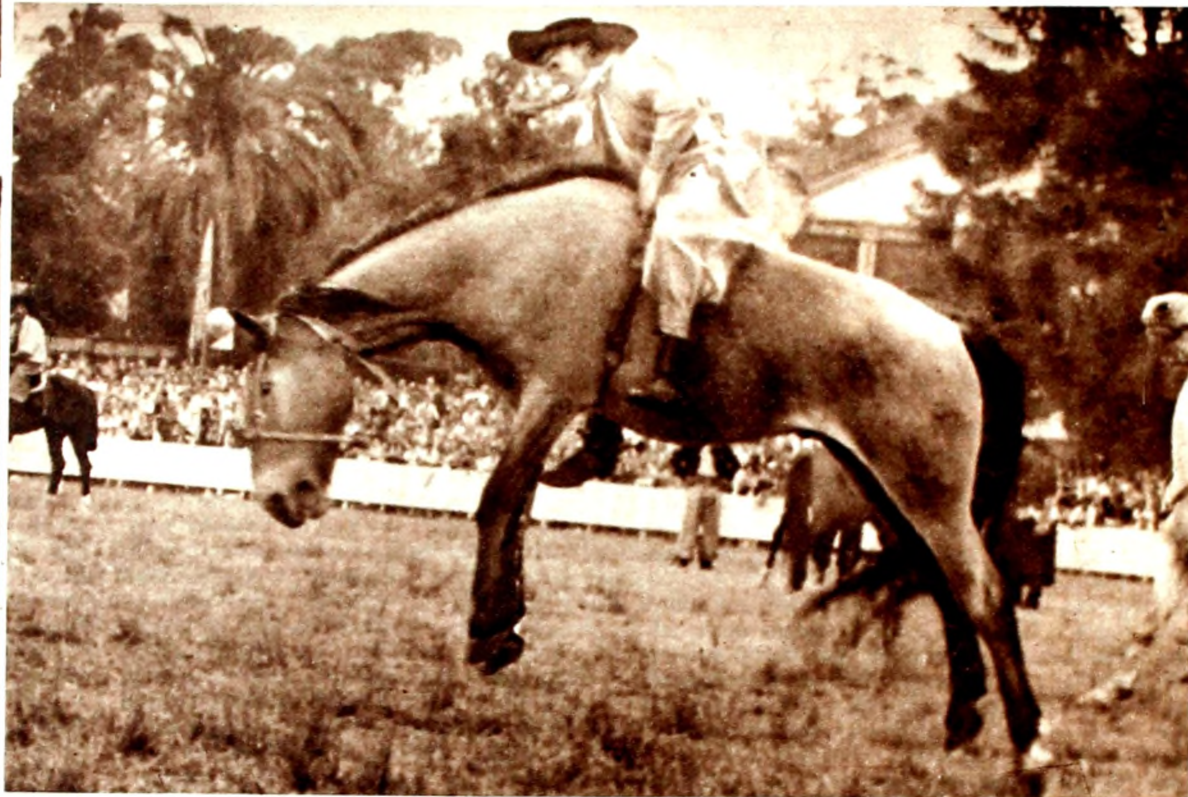
1er. premio	$	1.800,00	Mario Pacheco (argentino)
2º "	"	1.400,00	Rodolfo Barrios (argentino)
3º "	"	900,00	Regino Pacheco (argentino)
3º "	"	900,00	José Najurieta (argenitno)
4º "	"	700,00	Alberto Neves (uruguayo)
4º "	"	700,00	Virgilio Benítez (uruguayo)



Angel Rocca



Juan Bautista Pereyra





Ruben Stanley Dupré



Emilio L. Cedrés



Rodolfo Barrios



Basilio Ramírez



Hugo Alvarez



Julián Alonso



Victor Cavia



Mario Pacheco



Alberto Neves



Virgilio Benítez



Dimar Delgado

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

DESPUES QUE TARZÁN HUBO RESCATADO AL VIEJO JEFE NABU, EL DIABÓLICO BRUJO BAKU, LLEGARON A LA VILLA UNOS TRAFICANTES DE ARMAS, AMIGOS DEL PRIMERO

ITO, TODO DEPENDE DE SI EL CORONEL WORTHY PUEDE O NO ENGAÑARLOS. SU DISFRAZ DE BRUJO SULU ES PERFECTO!

...E ESTÁ NUESTRO AMIGO ...N?? PREGUNTARON LOS ...ERCIANTES AL VIEJO JEFE. ...MEN ES **ESTE EXTRAÑO** ...OSA TOMAR SU LUGAR AN-...TI?

MI AMIGO, ES DE LA GRAN TRIBU SULU DEL SUR; WOW-WOW, BRUJO. QUE TAMBIÉN QUIERE ARMAS!

BILL ELLIOTT JOHN CELARDO

YO TENGO ARMAS SOLO PARA LOS QUE SON MIS **AMIGOS!** YO HE OIDO NOMBRAR A LOS SULU, PERO NO LOS CONOZCO. UNA VEZ FUERON GUERREROS...!

LOS SULÚ SOMOS AÚN GRANDES GUERREROS, PERO LO ÚNICO QUE TENEMOS PARA PELEAR CONTRA NUESTROS ENEMIGOS SON FLECHAS, LANZAS Y GARROTES...

...JE ESTÁ DICIENDO ...L CORONEL WORTHY, TARZAN?

LES ESTÁ DANDO UNA CHARLA EN LENGUA SWAHILI.

SI LOS SULU TUVIÉSEMOS BASTANTES RIFLES Y BALAS, PODRÍAMOS MATAR MUCHOS ENEMIGOS DE NUEVO! CUANTO NOS COBRARÍA UD. POR CIEN RIFLES?

NOSOTROS TENEMOS ARMAS COMO ESTAS PARA NUESTROS **AMIGOS!** ARMAS RÁPIDAS!

RAT-A-TAT-A-TAT

MUCHOS RIFLES MÁGICOS! SI NOS LOS CONSIGUE, PODREMOS ATACAR LA GRAN MINA DE ORO... MATAR ENEMIGOS! CONSEGUIR MUCHO ORO PARA UD., NUESTRO **AMIGO!**

MI PUEBLO VIVE MUY AL SUR... HACE TIEMPO QUE LUCHAMOS CON LOS EXTRANJEROS QUE TIENEN LA MINA. SI UD. NOS CONSIGUE ARMAS LOS EXPULSAREMOS, Y LE DAREMOS ORO EN ABUNDANCIA!

1480

TENEMOS SUERTE, ABOL, SI ELLOS ODIAN A LOS EXTRANJEROS DE LA MINA, PUEDEN SER **ÚTILES**... ARMADOS!

EL CORONEL WORTHY LES HIZO MORDER EL ANZUELO CON EL ORO. ESTÁN POR CAER NUESTROS "**AMIGOS**".